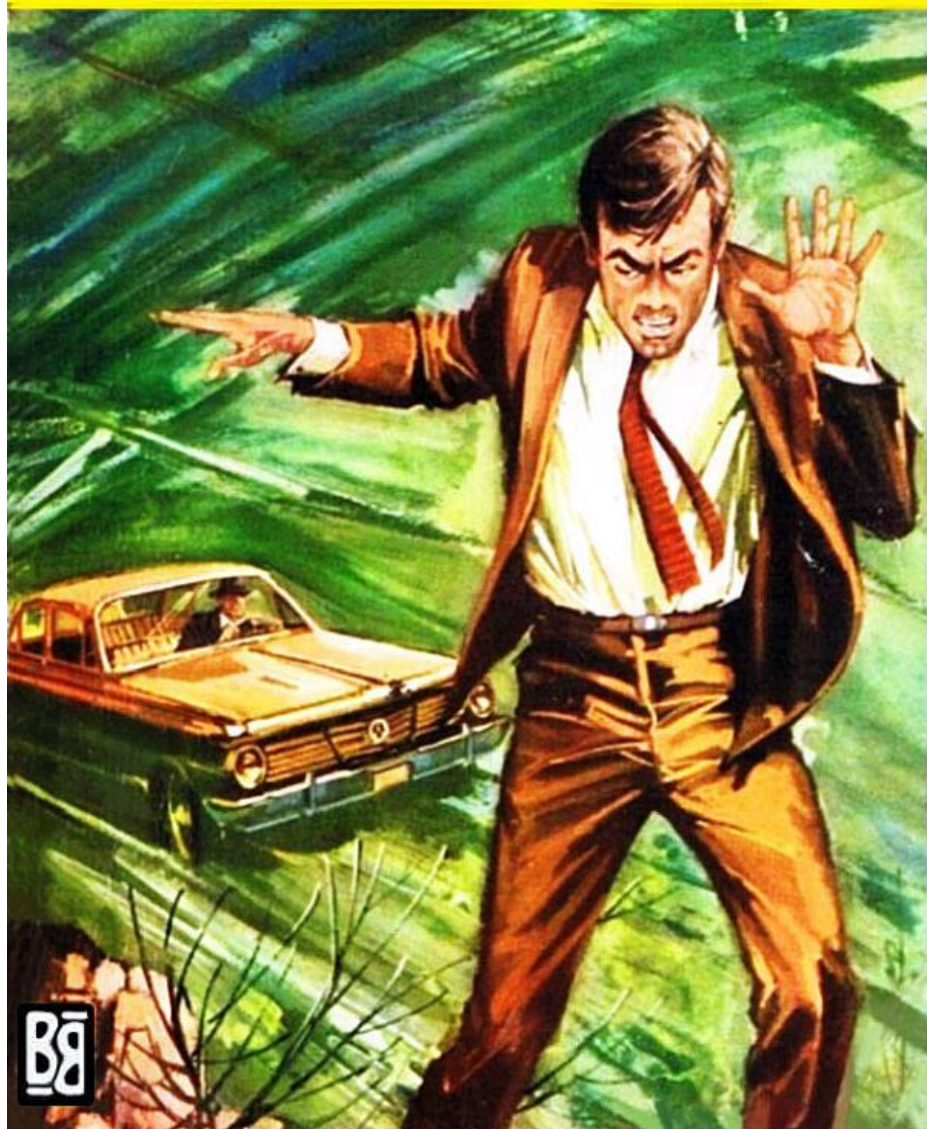


PUNTO
ROJO

el aullido del lobo

burton hare



B&B

EL AULLIDO DEL LOBO





BURTON HARE



EL AULLIDO DEL LOBO

Colección PUNTO ROJO n.º 193
Publicación semanal
Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 33111 - 1965

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: enero 1966

© BURTON HARE - 1966

sobre el texto literario

© MIGUEL GARCIA - 1966

sobre la cubierta

© COSTA Y ALTIMIRA - 1966

Sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

N. R. 7.801/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

303 — La muerte sigue mis huellas.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

89 — Las tinieblas del crimen.

CAPÍTULO PRIMERO

Terminé de redactar el largo telegrama, esperé a que el empleado sacara sus cuentas y entretanto encendí un cigarrillo. Era agradable sentirse libre de toda obligación, sin nada determinado que hacer durante las próximas veinticuatro horas, solo deambular por Miañar antes de tomar el avión de regreso a Los Ángeles.

El empleado de telégrafos me entregó el resguardo, pagué y salí al sol de Florida con la maravillosa sensación de un turista solitario con todo el tiempo del mundo para él solo.

Bueno, mi tiempo eran solamente algo más de veinticuatro horas, pero podía prolongarlas cuanto se me antojase...

Pensé durante unos minutos en el texto del telegrama. Como resumen del informe para mí cliente me pareció perfecto. Una razón más para sentirme satisfecho. Quizá me quedase dos o tres días gozando del sol, del ambiente y de la legión de mujeres que parecían haber tomado Miami por asalto.

En un taxi me hice conducir al hotel con la idea de tomar un baño y cambiarme de ropa, forjando planes para una noche que me prometía todos los placeres que anuncian las guías turísticas, y algunos más que no se atreven a anunciar por temor a armar un alboroto...

Y entonces, justo cuando entré al vestíbulo del hotel con la mente sumergida en un mar de delicias, apareció la mujer.

Primero, el recepcionista dijo:

—Hay una dama esperándole hace media hora, míster Decker. Le aguarda en el bar de la terraza.

—¿Ha dicho una dama?

Asintió con un gesto. Dudé que me esperase a mí, pero decidí comprobarlo. Si se trataba realmente de una dama quizá valiese la pena trabar conocimiento con ella.

—Así que me dirigí al bar de la terraza. El *barman* me descubrió al instante, me hizo una seña y se inclinó hacia la mujer que permanecía solitaria en un extremo de la barra.

Cuando estuve a su lado, el mozo indicó:

—Míster Dereck...

Ella se dio vuelta sobre el taburete y pude verle el rostro.

Si antes me había impresionado la perfección de su cuerpo, la cara me dejó realmente sin aliento. Era la quimera de un adolescente, tan perfecta que apenas podía creerse que fuera natural. Su expresión un tanto soñadora, como si solo pudiera albergar hermosos pensamientos; la profundidad de sus ojos oscuros y brillantes, y el suave trazado de los labios eran detalles que se advertían paulatinamente, a medida que uno salía de su estupor.

Dejé deslizar mi mirada por el resto de su figura, solo para convencerme de que, en verdad, pocas veces había tenido el placer de contemplar una mujer tan bella.

—Me ha dicho el empleado que usted deseaba verme —dije, todavía aturdido, sin poder despegar la mirada de sus sinuosos encantos.

—Me llamo Isaleen Carella. No sé si Francis le habló alguna vez de mí.

—¿Francis?

—Francis Holt.

Repentinamente, recordé a la esposa de Holt, un cliente que con el tiempo habíase convertido en uno de mis mejores amigos.

—Nunca mencionó su nombre —hube de reconocer—. Y después de verla a usted, es algo que no le perdonaré jamás a Francis.

Sonrió. Vi que su copa de “Martini” estaba vacía y ordené dos al mozo. Entonces me encaramé al taburete y la miré recto a los ojos, cuyo brillo me produjo escalofríos.

—¿Cómo ha sabido que me alojo en este hotel, Isaleen?

—Por el periódico... Leí que había intervenido usted en la búsqueda de ese lote de joyas que robaron en Hollywood.

—Bien, la Compañía aseguradora de las joyas me destacó para recobrarlas... pero ignoraba que hubiese pregonado mi nombre en relación con eso.

—En el periódico de esta mañana... Pero no importa. Afortunadamente, estaba en Miami cuando lo he leído, de manera que acudí en su búsqueda... Le hubiera esperado todo el día, usted sabe...

—No comprendo... Además, Francis Holt está en Los Ángeles, supongo. No veo qué relación tiene una cosa con la otra, ni acierto a imaginar por qué siente tanto interés por mí.

—Bueno, Francis y su esposo están en Miami, de vacaciones. Ella me habló de usted precisamente cuando le conté mis apuros. Dijo que había sido usted quien sacó de un terrible aprieto a su esposo... que usted era el mejor detective privado que conocía y... En fin, acabamos lamentando que no estuviera usted establecido en Florida en lugar de California. Luego, esta mañana, al leer su nombre...

—Ya veo.

El mozo trajo los “Martinis” y no hablamos hasta que se hubo alejado otra vez. Entonces dije:

—¿Cuándo sostuvo esa charla con Francis Holt?

—Hace dos días, en mi casa de Everglades.

—¿Vive usted allí permanentemente?

—Sí; tengo un pequeño negocio relacionado con el turismo.

Bebí un par de sorbos antes de comentar:

—Por lo que parece, tiene usted un problema, ¿no es cierto?

—Efectivamente. Algo que deseo consultarle, contratándole para que me ayude. Puedo pagar cualquier cuenta que usted me presente, míster Dereck, siempre que sea razonable.

—Bueno, empiece por llamarme Mike. Francis lo hace y es nuestra amiga común. ¿Está bien?

—Está bien, Mike —sonrió y de nuevo un estremecimiento culebreó por mis nervios. Era lo más hermoso que yo recordaba haber contemplado jamás.

—Ahora, cuénteme sus apuros. No sé si podré hacer algo por usted o no, pero la escucharé con gusto.

—Todo gira alrededor de mis lanchas precisamente...

—¿Qué lanchas?

—Las de los cruceros turísticos... Oh, perdón, creo que estoy tan nerviosa que no acierto a hablar con sentido común.

—Es preferible que se tranquilice. Luego podrá contarme sus apuros empezando por el principio. ¿Le parece bien?

—Mi negocio consiste en una flotilla de lanchas dedicadas a recorridos turísticos por las marismas. Tengo once embarcaciones de distintos tipos, desde cinco a cincuenta plazas.

—¿Cómo diablos se le ocurrió dedicarse a un negocio semejante?

—No lo escogí yo. Mi esposo acababa de inaugurarlos cuando murió. Fue lo único que me dejó, de manera que decidí seguir adelante en lugar de venderlo y desde entonces he conseguido ampliarlo y ganar bastante dinero... A los turistas les encanta recorrer la selva misteriosa y todo eso —sonrió con cierta ironía y añadió—: Naturalmente, los recorridos se efectúan por lugares previamente seleccionados, en los que hay absoluta seguridad. Todo lo más arriesgado que consiguen ver es algún que otro aligátor...

—Como atracción turística, me parece suficiente —comenté con cierta ironía—. Ver cocodrilos en libertad ya es emocionante de por sí.

—No son exactamente cocodrilos —repuso—. Acostumbran seguir a las embarcaciones porque están acostumbrados a que les echen comida y...

—Si a uno le hincan el diente, vaya a contarle la diferencia que hay entre un aligátor y un cocodrilo.

Volvió a sonreír aunque sin alegría. No obstante fue suficiente para que

una vez más sintiera un estremecimiento ante su maravillosa belleza...

—Bien, el negocio, como le decía, se ha desarrollado bien durante esos dos años. Solamente ahora empiezan a surgir dificultades...

—¿De qué tipo?

—Primero, alguien intentó comprármelo. Ofreció un precio razonable, usted sabe, pero no quise venderlo Precisamente, tengo planes para ampliarlo y...

—¿Quién trató de comprárselo?

—No lo sé. La oferta me fue hecha por escrito. Después, el interesado habló conmigo por teléfono explicándome que obraba por cuenta de terceros... dio a entender que se trataba de una sociedad, pero sin especificar más.

—Bueno, usted se negó a vender. ¿Qué sucedió después?

—El hombre aquel pareció tomar muy a mal mi negativa. Incluso por teléfono, me pareció advertir que se enfurecía... Pero ya no volvió a ponerse en contacto conmigo. Y ahora... bueno, ahora estoy asustada.

—Más despacio, Isaleen. ¿Cuándo habló con ese comprador por última vez?

—Hace un mes aproximadamente.

—Está bien, ¿qué la ha asustado?

—Es difícil de explicar... incluso temo que se ría usted de mí.

—No creo que haya nadie capaz de reírse de una mujer tan hermosa como usted. Cuénteme qué la ha asustado y luego veré cuál ha de ser mi actitud. ¿Conforme?

—Gracias...

Tomó su copa y casi la vació en un par de sorbos. Observé que su mano temblaba casi imperceptiblemente. Luego explicó:

—La mayoría de los empleados de mis lanchas son negros, excepto el patrón de cada una. Ellos conocen mejor que nadie las selvas, marismas y bancos de vegetación flotante, de manera que pueden salir de cualquier clase de percance que se les presente. Bien, de unas semanas a esta parte se muestran inquietos, hablan de que el diablo merodea por los pantanos y se niegan a navegar después de oscurecer...

—No me diga que la asustan las supersticiones de los negros, Isaleen. ¡El diablo de los pantanos! ¿Cree que estamos en la Edad Media?

—Hay algo más, Mike...

—Bueno, adelante. Cuéntemelo todo.

Acabó con los restos de su "Martini" y yo la imité, llamando al mozo para que sirviera otros. No despegó los labios hasta que las bebidas estuvieron sobre el mostrador. Entonces murmuró:

—Uno de los tripulantes murió hace una semana.

—¿Y bien?

Suspiró. Cuando habló su voz fue ronca y baja, artificial.

—La lancha que pilotaba había estado en reparación. Era una de las pequeñas, una “Cris-Craft” equipada para cinco plazas. Tommy salió con ella, solo, para efectuar unas pruebas. Dijo que iba a manejarla en las mismas condiciones en que acostumbraba trabajar, incluso recorriendo el mismo itinerario de costumbre... Aquella noche no regresó al embarcadero, de manera que ordené que salieran dos de las otras pequeñas en su busca. Todos creíamos que el motor había vuelto a fallar y la embarcación había quedado inmovilizada en algún punto de su recorrido...

—¿Y no fue eso lo que sucedió?

—No, en absoluto...

—Bueno, adelante, Isaleen.

—Encontraron la lancha varada en un promontorio de musgo esponjoso. El motor estaba en perfectas condiciones, aunque parado. Tommy había muerto... con la garganta destrozada.

Me estremecí. Era una manera de morir espeluznante.

—Supongo que se trataría de algún animal —comenté, mirándola con fijeza—. Quizá se acercó a la orilla y un animal le atacó.

—Debió tratarse de un animal... pero si fue así, ¿por qué no lo destrozó? Se contentó con matarlo y luego lo dejó. Las fieras no hacen eso. Matan para proporcionarse alimento, usted lo sabe...

—Ya veo... ¿qué opinó la policía?

—Lo mismo que usted.

—Pero usted no cree que fuera eso lo que sucedió, ¿eh?

—No sé qué creer. Los demás negros están asustados... Solo faltaba la muerte de Tommy para acabar de desatar sus creencias ancestrales... de seguir así se negarán a tripular las lanchas. Además, ha corrido la voz que una fiera destrozó a uno de los empleados y los turistas empiezan a tener miedo. Los ingresos han descendido estos últimos días en un treinta por ciento...

—Comprendo. ¿Qué es exactamente lo que piensa usted que puedo hacer?

—Bueno... debe haber alguna razón para que los negros estén tan aterrados. Y no me refiero solo a la muerte de Tommy... Antes que sucediera eso ya se mostraban remolones, y no querían navegar al anochecer... ya tenían miedo. Si pudiésemos saber a qué obedece su terror podríamos disiparlo, ¿comprende?

—¿Ha probado a preguntárselo a ellos?

—Naturalmente, pero no quieren hablar de eso en absoluto. Su supersticioso terror les cierra la boca. Y luego, está la misteriosa oferta que me hicieron... Aquel hombre no se portó como un comprador normal...

—¿Cree que puede tener relación una cosa con la otra?

—Lo he pensado, pero no me parece posible...

Calló. Pareció descubrir que todavía tenía el nuevo “Martini” por probar y bebió algunos sorbos.

—Tengo la impresión de que tiene algo más que decirme...

Asintió con un gesto. Sus ojos profundos se encontraron con los míos y su voz fue un susurro cuando explicó:

—Tommy fue encontrado en el mismo lugar donde murió mi esposo, hace dos años.

—Pura coincidencia, aunque comprendo que si esos negros son todavía tan supersticiosos se dejen arrastrar por el temor. ¿Cómo murió su esposo exactamente, Isaleen?

—Nadie ha podido saberlo jamás, Mike.

—¿Cómo es eso?

—Verá... ya le he dicho que por aquel tiempo estaba dando los últimos toques a la empresa que había montado. Tenía ya decididos varios de los recorridos, pero le faltaban dos, y eso era lo que estaba haciendo aquella tarde; reconocer la ruta para un itinerario. Pero ya no regresó... Los que salieron en su busca encontraron su lancha, que había zozobrado. Tenía una vía de agua y pensaron que debió tropezar con algún obstáculo... pero de John no pudieron encontrar el menor rastro.

—¿No sabía nadar acaso?

—Era un nadador consumado... pero usted no conoce las profundidades de los pantanos, Mike... aquel es un paraje poblado de cocodrilos... o lo era entonces. Ahora parece que han cambiado de lugar y se ven pocos allí. No obstante, es uno de los puntos donde las aguas son más profundas... es un lugar que da escalofríos.

Se llevó la copa a los labios y la vació de un trago. Me pareció advertir que su aparente temor era real y dije:

—¿Cómo es posible que sienta usted miedo igual que los negros? Después de todo, se supone que usted es una experta en la navegación por los pantanos...

—Y lo soy... he crecido en ellos. Desde pequeña, mi padre me llevaba con él en sus excursiones de caza... pero ese paraje es distinto. Nunca he podido pasar por él sin sentirme débil, desamparada... sin estremecerme sin saber a ciencia cierta por qué.

—Está bien, vamos a dejar aparte las supersticiones. ¿Hay alguna posibilidad de que ese Tommy fuera asesinado?

—La policía no lo creyó.

—¿Y usted?

—Todo lo que puedo decirle es que fue muerto por una bestia sanguinaria y salvaje. Jamás podré olvidar el espeluznante espectáculo de su garganta destrozada...

—Bien, todavía no comprendo qué puedo hacer por usted. Soy un cazador de hombres, Isaleen, no de fieras...

—Pero usted es detective... quiero saber qué asustó a mis hombres... qué es lo que les infundió el terror antes de que Tommy muriera. Y eso puede descubrirlo usted, Mike...

—No entiendo una palabra de supersticiones africanas...

—¿Quiere decir con eso que no va a ayudarme?

Había tal ansiedad en su voz que no pude menos que sonreír.

—Iré a Everglades —dije—, y daré un vistazo a esos famosos pantanos si eso ha de satisfacerla. ¿Conforme?

—Gracias, Mike...

Su mano se deslizó por el mostrador y oprimió la mía. Fue un contacto suave y electrizante que por poco no me hizo dar un salto...

Así fue como me vi envuelto en una pesadilla diabólica, algo que pareció dirigido por la imaginación satánica de un ser brotado del mismo infierno...

CAPÍTULO II

La casa de Isaleen era una construcción lujosa, blanca, de estilo colonial, levantada en un claro de lo que parecía una selva impenetrable, aunque uno advertía desde el principio que aquella vegetación, si bien lujuriente y espesa, era limpia y cuidada como si se tratara de un jardín.

A decir verdad, resultaba casi imposible determinar dónde terminaba el jardín y dónde principiaba la selva, que se extendía ininterrumpidamente hacia los pantanos que forman el Parque Nacional de Everglades.

Cuando descendimos del coche en la explanada que se abría frente a la casa, no pude menos que pasear la mirada por la sobrecogedora belleza del paraje. El sol descendía en su ocaso y largas sombras comenzaban a extenderse por doquier. Árboles inmensos, de especies desconocidas para mí, crecían formando gigantescas naves, parecidos a columnas de una catedral fantástica dedicada a una deidad gigante, fuera de toda proporción humana.

—¿Qué le parece? —susurró Isaleen, a mí lado.

—Tengo la impresión de haber saltado fuera de mi mundo.

—Es una maravilla —comentó—. Siempre he vivido aquí..., creo que yo también formo parte de ese mundo extrañamente verde.

El aire estaba impregnado de un penetrante perfume. Me costó cierto tiempo adaptarme a él y descubrir que provenía de las gardenias silvestres.

—Se alojará usted en casa —decidió ella—. Hay espacio de sobra y podremos estar en permanente contacto. Además, los embarcaderos están a menos de diez minutos en coche.

—Temo que le causaré excesivas molestias...

Sonrió por toda respuesta y ambos entramos en el fresco interior del edificio. Estaba amueblado con gusto y comodidad, resaltando los colores claros y luminosos.

Una sirvienta negra de brillante dentadura me condujo a una habitación espaciosa. Había un cuarto de baño individual, una pequeña

terraza con ventanal practicable y una cama demasiado grande para mí solo.

Salí a la terraza y desperdicié unos minutos contemplando la barrera de troncos y follaje que se alzaba a poca distancia. No había arbustos ni matorrales en el suelo, entre los árboles, demostrando el constante cuidado para mantener limpias las cercanías, antes de dejar que la selva pantanosa se extendiera a sus anchas. No obstante, no mucho más lejos, la naturaleza era libre de crecer y multiplicarse a su albedrío.

Me duché y cambié de ropa, de manera que cuando descendí a la planta baja el sol se había ocultado por completo y una negra oscuridad reinaba en el exterior.

Isaleen me aguardaba en una salita pequeña e íntima. Había un gran ventanal abierto, pero protegido por una espesa tela metálica.

—Síntese —murmuró mi anfitriona—. Por esta noche no puede usted hacer nada. Mañana le llevaré a que conozca el embarcadero y a mí personal.

—Dígame, ¿están asustados también los sirvientes de esta casa?

—No puedo decir que estén atemorizados, pero de alguna forma acusan los temores de los tripulantes de las embarcaciones... Lo notará cuando lleve un poco más de tiempo aquí.

—Durante el viaje he pensado en todo lo que me contó en Miami, Isaleen...

—¿Y...?

—En ese intento de compra, ¿pretendían comprarle las lanchas solamente, o la concesión del negocio en bloque?

—Todo el negocio, aunque sin personal.

—¿Cómo demonios pensaban explotarlo sin el personal experto que usted tiene?

—No tengo la menor idea. Tal vez pensaran reorganizarlo todo a su manera...

—¿Incluía la compra los edificios del embarcadero?

—Todo —remachó—. Y no solo eso, sino esta casa también.

Pensé sobre lo inusitado de aquella oferta. Después dije:

—Todo eso da la sensación de que alguien tiene interés en alejarla a usted de aquí.

—¿Del negocio?

—Y de este edificio además. Supongamos que usted hubiese aceptado, con lo cual habría debido marchar de esta casa. ¿A dónde se hubiese dirigido en un caso así?

—No lo sé... quizá a Miami... Es muy difícil decirlo porque nunca he pensado en semejante posibilidad.

—Comprendo. ¿En cuánto valora su negocio, Isaleen? Puede decírmelo en la seguridad de que no lo revelaré al fisco...

—No es ningún secreto. Contándolo todo, y calculando los beneficios que obtengo, vale muy bien me— dio millón de dólares.

—Es una linda suma. ¿Cuándo le ofreció su misterioso comprador?

—Llegó hasta seiscientos setenta mil, incluyendo esta casa.

—¿Es un buen precio?

—Oh, bueno, es más que razonable... No podría pensar en obtener más si quisiera vender... incluso es posible que me viera en dificultades para encontrar alguien dispuesto a pagar esa cantidad.

No cabía la menor duda de que, quienquiera que fuese el desconocido comprador, tenía un interés fuera de lo común en quedarse con todo.

Estuve pensando en eso unos minutos, hasta que una sirvienta anunció que la cena estaba esperando y dejé de preocuparme por el momento.

Cenamos silenciosamente. Por mi parte, me gustó aquel silencio por cuanto me permitía concentrar mi atención en la belleza de Isaleen. A la tamizada luz del comedor por la resplandecer, y todas las veces que sus ojos tropezaban con los míos me parecía que su brillo se acentuaba, atrayéndome con la fuerza del vértigo.

Más tarde, después de saborear unos licores, ella expresó su deseo de acostarse y me dejó solo en el portal, donde me quedé fumando y contemplando el oscuro cielo acribillado de estrellas.

Intenté reflexionar sobre los posible motivos de quien parecía tan tercamente interesado en adquirir los bienes de Isaleen Carella, pero desistí pronto de semejante intento. El recuerdo de la belleza de la mujer desbocaba mi imaginación por otros derroteros muy distintos... y más agradables; de manera que me dejé dominar por un extraño sentimiento que acabó por inquietarme.

No sé cuánto tiempo permanecí allí, solo, antes que apareciera la sirvienta para indagar si deseaba algo más antes de retirarse.

—No, gracias —decidí—, solo fumaré mi par de cigarrillos y me acostaré también.

—Como guste. Al entrar, acuérdesse de cerrar la puerta con el pestillo, por favor.

Dije que así lo haría y volví a quedar solo. Entonces me levanté del sillón de mimbre y descendí de la terraza, dirigiéndome al extenso jardín.

Saboreé el último cigarrillo de la noche durante el corto paseo. Más allá de la primera barrera de árboles gigantes sonaban gritos extraños, rumores que jamás había escuchado: el chillido de un gato salvaje, el croar de las distintas variedades de ranas de los pantanos, el alarido de agonía de algún animal cuya vida se extinguía violentamente entre las fauces de otro más fuerte o más astuto...

Me estremecí. Sin duda, yo era un tipo de ciudad, normal y con un valor razonablemente demostrado. Pero aquella negrura, la amenaza impalpable que parecía extenderse entre la maraña de follaje era capaz de

erizarme el pelo sin dificultad.

Había otros rumores que no pude identificar, como susurros misteriosos, igual que el arrastrarse de un reptil, o el amenazador silbido de grandes serpientes que mi imaginación convertía en seres monstruosos, tan corpulentos como los mismos troncos que formaban una barrera protectora entre la cenagosa soledad de los pantanos y el mundo más o menos civilizado...

Terminé el cigarrillo y volví sobre mis pasos, satisfecho de tener una cama confortable y una habitación cerrada en la que pasar la noche, en lugar de estar perdido entre el laberinto que era la selva.

Había algunas ranas en las cercanías cuyo croar semejaba un chillido casi humano. Las maldije cordialmente por cuanto tendría que soportar sus voces estridentes hasta que lograra conciliar el sueño.

Fue cuando subía los escalones del porche que oí el alarido.

Sentí cómo se me erizaba el pelo y todas las fibras de mi cuerpo se paralizaron por unos instantes.

Fue un grito de agonía y terror, aunque no pude estar seguro de que hubiera sido proferido por una garganta humana. Un alarido capaz de helarme la sangre en las venas, aunque hubiera sonado lejano y hundido bajo la bóveda de negra vegetación.

Quedé inmóvil, escuchando, pero el grito no se repitió. No obstante, estuve seguro de haberlo escuchado perfectamente. Por si me quedase alguna duda, el súbito silencio que se abatió sobre la selva circundante confirmó mi impresión.

Ya no croaban las ranas, ni reptil alguno parecía arrastrarse; ya no chillaba ningún gato salvaje ni las aves nocturnas se llamaban entre ellas advirtiéndose le un posible peligro...

Tuve la sensación de que, súbitamente, el mundo había detenido su marcha y que de un instante a otro se desataría un cataclismo provocado por el inmenso silencio, tan absoluto que dañaba los oídos.

Entonces, en alguna parte de la casa, una puerta golpeó y escuché voces, lo que me decidió a entrar rápidamente.

Isaleen apareció en la escalera, envuelta en una nube rosada que apenas ocultaba la “negligée” suave y transparente que parecía acariciar su cuerpo.

—¿Qué ha sido ese grito? —indagó, muy pálida.

—¿Y me lo pregunta a mí? Estaba en el jardín, escuchando el concierto de la selva, cuando ha resonado... ¿hay algún animal capaz de producirlo?

—Nunca había escuchado nada semejante en los pantanos —murmuró, acabando de descender—. Estoy tan acostumbrada a los demás ruidos que ya no los oigo, pero ese alarido...

Llegó hasta mí como flotando dentro de la nube rosa. Fue un espectáculo tan sugestivo, tan maravilloso, que casi logró hacerme olvidar

el terrible grito.

—¿Le parece que ha sonado muy lejos? —pregunté para romper el silencio.

—No. La espesura amortigua los sonidos, limitando su alcance.

Un roce a mí espalda me hizo pegar un salto y volverme con todos los nervios en tensión. No era más que la sirvienta negra, envuelta en una bata oscura que se había acercado tan silenciosa como una sombra.

Sus grandes ojos eran dos globos blancos henchí dos de temor.

—¿Lo han oído? —susurró.

—Perfectamente, Janet —dijo Isaleen en un intento de tranquilizarla—. No sucede nada, ¿entiende? Nada Vuelva a su habitación y acuéstese.

—Pero ese grito...

—Un animal con toda seguridad —sentenció la muchacha, aunque con muy poca convicción.

La negrita sacudió la cabeza de un lado a otro.

—El diablo de los pantanos —susurró, jadeante—. El diablo que mató a Tommy...

—¡Janet!

La negra giró sobre los talones y se marchó por donde había venido temblando y apretándose las manos una contra otra.

Durante unos segundos, Isaleen me miró con ojos agrandados por el estupor y el miedo que, aun contra su voluntad, iba apoderándose de sus sentidos.

—Mañana, todos los negros de los alrededores sabrán que hemos oído ese alarido —susurró—. Janet y los demás sirvientes harán correr la voz... esa historia del diablo de los pantanos cobrará más fuerza, afianzando los temores de las tripulaciones de las motoras...

—Cálmese. Iré a dar un vistazo ahí fuera solo para tranquilizarla. No conozco a los habitantes de ese cenagal, pero ese grito debe haber sido emitido por cualquiera de ellos...

—Le digo que jamás había escuchado nada semejante... Si ha sido un animal debe tratarse de alguno desconocido para mí.

—Bueno, vuelva a la cama. Pero antes, necesito una linterna eléctrica lo más potente posible. ¿Tiene alguna?

—Sí, en el garaje.

—Muy bien, yaya a por ella, ¿quiere, Isaleen?

—No voy a permitirle que se interne en la espesura, Mike. Usted desconoce totalmente el terreno.

—No me alejaré mucho, no tema. Tengo demasiado miedo para hacerlo.

—Está tratando de bromear para tranquilizarme, pero yo conozco los pantanos. Sé el riesgo que entrañan... especialmente de noche.

—¿Cree que alguno de sus empleados querría servirme de guía?

La forzada ironía de mi voz, inspirada en el supersticioso terror de los negros, no le hizo mella. Pero dijo con voz que temblaba:

—Ninguno de ellos se prestaría a acompañarle..., pero puedo hacerlo yo.

—No diga tonterías. Limítese a proporcionarme esa linterna, Isaleen.

—No, Mike... Voy a cambiarme de ropa y estaré con usted ahora mismo.

Resultaron inútiles mis intentos por disuadirla; de manera que tan pronto hubo desaparecido corrí a mi habitación, abrí la maleta y saqué el revólver de su estuche.

Era una “Webley 45”, una arma especial y que aquella noche me infundió una seguridad que estaba haciéndome mucha falta. Comprobé la carga y tras esto lo sujeté en el cinturón, regresando a la planta baja.

Isaleen tardó apenas cinco minutos en aparecer, vestida con una suave blusa que moldeaba con suavidad su firme busto, y unos pantalones ajustados en la caña de unas botas de fina piel.

—Será mejor que llevemos también un rifle —dijo, abriendo un armario empotrado que había a un lado del vestíbulo.

Lo que yo había creído que era un ropero, resultó una armería completa. Mientras sacaba un rifle de mortífero aspecto explicó:

—Mi esposo era muy aficionado a la casa... esas eran sus armas. A mí también me gusta disparar de vez en cuando...

Tomé el potente rifle de sus manos y lo examiné. Era un “Remington 30-30” capaz de abatir un oso. Me pregunté qué clase de caza había en los pantanos para requerir un arma semejante.

La muchacha sacó también un canana con la dotación completa de cartuchos, que me eché al hombro, y salimos al jardín, bajo las estrellas, a la noche negra de los pantanos. Me dije que estaba haciendo el tonto al arriesgarme de manera tan estúpida. ¿Qué demonios iba a hacer yo, un tipo nacido y crecido en las calles de una gran ciudad, en medio de una selva?

El garaje estaba adosado a la pared trasera del edificio, de manera que rodeamos este y mi hermosa acompañante abrió las puertas con una llave y giró el interruptor de la luz.

Además del coche en el que habíamos viajado por la tarde, había un “Ford” con bastantes años encima y un ligero “Corvette” de dos asientos, sin capota.

Isaleen tomó una potente linterna eléctrica de un estante para herramientas y me la entregó.

Al salir dije:

—Estoy seguro que no encontraremos nada, pero recuerde que su papel es únicamente el de guía... y puede orientarme con la voz. Manténgase

siempre detrás de mí. ¿Conforme?

—Está bien, Mike.

Así fue como seguí metiéndome en la maldita pesadilla de locos en que se convirtió el maldito caso a partir de aquella noche.

CAPÍTULO III

El silencio en la noche se hizo más siniestro, más mortal, al dejar atrás el terreno limpio que pertenecía a la propiedad de Isaleen. La espesura, húmeda e impregnada de extraños olores, semejaba un lago de Unta negra. La maraña de hojas y lianas que se trenzaban a gran altura sobre nuestras cabezas impedían que el débil resplandor de las estrellas pudiera penetrar en la húmeda jungla.

A trechos surgían altos matorrales salpicados de flores nocturnas, que despedían un tenue brillo dentro de la oscuridad.

—Lo peor —comenté con voz contenida—, es ese silencio...

—Nosotros lo provocamos —explicó la muchacha en el mismo tono, deteniéndose—. Los animales nocturnos nos oyen y callan...

—¿Hasta las ranas?

—Esas escuchan ahora... cuando se acostumbren a nuestra proximidad volverán a su algarabía...

Paseé el haz de la linterna a nuestro alrededor. La vegetación era ya tan espesa que apenas podíamos movernos con dificultad. El sendero por el que nos habíamos internado era absorbido por los matorrales y las grandes plantas, húmedas y oscilantes.

Apagué la linterna otra vez y me detuve. Isaleen murmuró:

—¿No es sobrecogedor, Mike?

—Es mucho más que eso.

De repente, la mano de la muchacha se engarfió sobre mi brazo como una garra. A través de la tela sentí sus uñas llegarme casi a la piel. Escuché su leve gemido.

—¡Mike...!

—¿Qué pasa?

Vi que estaba mirando en una dirección determinada y yo también volví la cabeza. De haber estado solo hubiese podido creer que era víctima de mi imaginación atemorizada, pero en aquellos momentos había otro ser

humano a mí lado que estaba viendo lo mismo que yo.

Era un óvalo pálido que destacaba entre la espesura. Estaba a cierta distancia y de haber sido de un color como el de la vegetación no hubiera sido visible. Podía ser la cara de un hombre bastante alto. Podía ser cualquier cosa inspirada por el terror...

—¡Mike...! —susurró Isaleen otra vez, aferrada a mí desesperadamente.

—No se mueva... permanezca detrás de mí.

El óvalo pálido que podía ser la cara de un hombre seguía en el mismo lugar, inmóvil, como mirándonos con unos ojos que yo no podía distinguir.

Y en aquel instante oímos el aullido, y el óvalo pálido desapareció como si jamás hubiera estado allí.

El gruñido que habíamos escuchado me paralizó unos segundos. No era un sonido que hubiera podido producir una garganta humana. Ningún hombre podría gruñir de aquella manera; por lo menos, un hombre normal. Fue un sonido bestial, asesino, maligno, como brotado de una pesadilla de terror.

Isaleen se abrazó a mí histéricamente. Sentí su cuerpo apretado contra el mío como si deseara fundirse dentro de mí mismo, huir del miedo que la invadía. En otras circunstancias habría sido una experiencia maravillosa sentirla tan cerca, aspirar el perfume de su piel suave, pero en aquellos instantes todo lo que consiguió fue inmovilizarme por un tiempo precioso.

—¡Suélteme! —exclamé.

Cuando lo hizo encendí la linterna eléctrica y la dirigí recto al lugar donde había tenido lugar la aparición. No había nada extraño a la vista, solo la espesura.

Descolgué el rifle de mi hombro, le quité el seguro y pasé la linterna a mí asustada acompañante.

—Mantenga la luz sobre ese paraje. Voy a dar un vistazo.

—¡No voy a quedarme aquí sola, Mike!

—Manténgase a mi lado y alumbra.

Avanzamos con precaución. Mi dedo estaba tenso sobre sobre el disparador, listo para mandarle un balazo a cualquier cosa que se moviera delante de nosotros!

Pero nada se movió. Lo que fuera que había emitido el espeluznante aullido se había esfumado tan completamente como el extraño óvalo pálido que creíamos haber visto entre el follaje.

—En los árboles —dije—; levante la linterna.

El largo cono de luz barrió los altos troncos, aunque apenas si llegó muy debilitado a las altísimas copas, donde bandadas de pájaros se pusieron a alborotar ante aquella invasión de luz a tan destempladas horas.

—Nada —susurré.

—Volvamos atrás, Mike... “sé” que algo está espiándonos... lo noto en todo mis nervios. Volvamos a casa, por favor.

—¿De qué está hablando? No hay nadie aquí, si no es algún animal agazapado en la oscuridad, más asustado que nosotros todavía.

—No, Mike... noto que nos espían... hay ojos vigilándonos...

—¿Pretende asustarme, Isaleen? Si es así, ahórrese el esfuerzo porque ya lo estoy. Pero no voy a volverme atrás solo porque tenga miedo... Vamos a seguir por ese sendero un poco más y después regresaremos. Usted mantendrá la luz encendida, así yo podré disponer de las dos manos para tener el rifle listo. ¿Puede usted hacerlo, Isaleen?

—Sí, Mike... mientras no se aparte de mí.

Avanzamos con precaución, muy despacio. De vez en cuando, las lianas se envolvían en mis piernas, sobresaltándome. Otros, las húmedas hojas gigantes me azotaban el rostro pegándome su humedad...

Tardamos un par de minutos en descubrirlo. Era apenas un bulto informe a un lado del casi invisible sendero, y al verlo los dos nos inmovilizamos.

—¿Qué es eso, Mike? —jadeó la muchacha.

—¡Alúmbrelo, en lugar de mover tanto la linterna!

Dominó su temblor y el cono de luz se mantuvo fijo sobre el bulto. Entonces me acerqué lo suficiente para reconocer el cuerpo de un hombre hecho un ovillo, de cara al suelo.

—¡Mike! —chilló Isaleen a mi lado.

—Calma, ya lo he visto...

—¡Es un negro, Mike! —gimió.

—Está bien, cálese.

Apoyé el rifle en un tronco, a un lado del camino, y me incliné sobre el caído, dándole la vuelta para verle la cara.

El terrible chillido de horror que brotó de la garganta de la muchacha ahogó mi propia exclamación.

Porque al tenerlo cara al cielo, vimos el espantoso destrozo de su garganta.

Una corriente de hielo líquido subió y bajó por mi espalda, hasta experimentar un violento temblor en las manos.

De repente, la luz giró, ocultando en la súbita oscuridad el espeluznante desgarró de aquella garganta, o lo que había sido la garganta del joven negro.

—¿Qué demonios...?

Salté en pie, a tiempo de ver a Isaleen, vuelta de espaldas al cadáver, como se mordía los puños para contener los gritos de terror que pugnaban por escapar de su boca.

Le arrebaté la linterna de las manos, al tiempo que la sostenía con un brazo por la cintura.

—Bueno, bueno, Isaleen, cálmese...

—¡Oh, Mike! —sollozó—. ¡Es espantoso...!

—¿Lo conoce?

—Sí...

—¿Y bien, quién es?

—Ba-Ba-Johns... Uno de mis hombres...

—Ya veo... No se mueva. Voy a ver si hay alguna huella alrededor del cadáver.

—¡No me dejes sola! —gritó.

—No pienso moverme de aquí, solo que si usted se vuelve verá a ese pobre negro, así que permanezca quieta dónde está.

Me incliné otra vez sobre el desgraciado, procurando no dirigir la mirada al destrozo de su garganta, y escruté el suelo. No había sangre encharcada. Apenas si quedaba una mancha allí donde el cuello había estado antes de darle la vuelta. Eso me dio mucho que pensar, ya que una carnicería como aquella debía haber sangrado a chorros...

Pero no había tiempo para reflexionar entonces, de manera que me incorporé y maquinalmente saqué un cigarrillo, que encendí cuando me volví hacia la muchacha.

—No podemos hacer nada por él —dije—. Será mejor que regresemos. Podremos llamar a la policía desde su casa.

—¿Y dejarlo aquí? —gimió.

—No podemos tocarlo. Está muerto, ¿no se da cuenta? El *sheriff* del condado querrá examinarlo y ver exactamente cómo lo hemos encontrado.

—Pero las bestias pueden destrozarlo entre tanto...

—Puedo echármelo a la espalda y llevarlo a la casa, pero eso hará que la policía se muestre muy desagradable. ¿Lo quiere así?

—No, Mike. Se hará como usted diga...

—Muy bien, volvamos a su casa.

Fui a recoger el rifle, pero ya no estaba donde lo dejara minutos antes. En el primer instante creí que me había confundido de árbol y giré sobre mis talones examinando todos los que estaban a mí alcance. El rifle había desaparecido.

La sensación de terror culebreó una vez más por mi espalda.

Isaleen tardó unos segundos en comprender. Luego, volvió a apretarse contra mí, mirando a la oscuridad que nos rodeaba con todo el horror del mundo asomando a sus pupilas.

—¡Mike... alguien... alguien se ha apoderado del rifle...! —sollozó.

—Así es... ¿hay grandes monos en estas cercanías?

—No hay monos de ninguna clase por esta parte del parque. Solo más al norte habitaban algunas colonias de pequeños simios...

—Muy bien, nada podemos intentar de noche. Volvamos.

—¿Pero quién...?

—Cállese. No vaya a hablarme del diablo de los pantanos o me pondré a chillar yo también.

Apresuradamente, volvimos sobre nuestros pasos. Solo el contacto de mi revólver me infundió el valor suficiente para no echar a correr.

Al llegar a terreno despejado, junto a la casa en la que brillaban las luces que habíamos dejado encendidas, no pude contener un suspiro de alivio.

—Prepare unos tragos mientras telefono —dije—. Los dos los necesitamos.

Busqué el número del *sheriff* y cuando el delegado respondió, di cuenta de nuestro hallazgo, sin extenderme en detalles. El tipo no pareció asombrarse por las noticias. Solo preguntó:

—¿Está usted en casa de la señora Carella?

—Sí.

—No se mueva de ahí. Llegaremos en unos minutos.

Colgué y regresé al lado de Isaleen. Había preparado entre tanto dos altos vasos con una generosa ración de *whisky* puro en cada uno. Entonces le añadió soda en el suyo, pero no lo bebió todavía.

—¿Qué piensa usted, Mike? —susurró.

—Nada. Prefiero no pensar hasta tener más elementos de juicio.

Siguió mirándome con fijeza, bajo los efectos del terror todavía. Alargué la mano y sujeté la suya, que estaba fría como el mármol.

—Escúcheme, Isaleen —dije—. No se deje dominar por el miedo, ¿comprende? No hay nada sobrenatural en esto. Debe existir una explicación razonable, cuerda y humana. Me he enfrentado con asesinos otras veces...

—Pero ese pobre Ba-Ba Johns...

—Sí, sí, ya sé; es una manera terrible de morir.

—¿Qué clase de bestia puede haberle destrozado la garganta tan horrorosamente?

—Ninguna bestia —mascullé entre dientes—. Eso es obra de un ser inteligente, no de un animal.

Inmediatamente me arrepentí de haber hablado, pero ya estaba hecho. Vi agrandarse sus grandes ojos, al mismo tiempo que sus dedos se engarfiaban en mis manos.

—¡Mike!

—Así es —añadí—. No hay huellas de garras en el cuerpo, ¿comprende? Ni sangre en el suelo, lo que indica que fue muerto en otro lugar y que estaba siendo trasladado cuando nosotros aparecimos en el sendero. Y no hay ningún animal salvaje capaz de comportarse de esta manera. Tampoco existe una fiera que pueda destrozarse la garganta de un hombre a dentelladas sin que sus patas dejen señales en las ropas y la piel del desgraciado. Habría arañazos de las garras, ¿se da cuenta?

—Pero eso... eso es todavía más espeluznante, Mike.

—Hasta cierto punto...

—Pero yo he visto el cuello destrozado... había sido desgarrado por unos dientes... unos colmillos terribles...

—Tal vez.

—¿Pero no comprende? Un hombre no puede hacer eso... aunque quiera. Sus dientes no se lo permiten...

—Deje de torturarse, Isaleen. Veremos qué opina el *sheriff*. Beba eso de momento y se sentirá mejor.

Bebimos los dos y por mí parte casi vacié el vaso sin respirar. El ardiente licor infundió calor a mis helados nervios y me sentí mejor que hasta entonces.

—Mike...

—¿Sí, pequeña?

—Estoy tan asustada...

—No tanto como yo, se lo aseguro.

—No bromeo... ni me, deje sola, por favor.

De nuevo sujeté sus manos en un intento de infundirle confianza. Pero ella se acercó más, de la cuenta y su rostro quedó a un par de pulgadas del mío.

Ahora bien, hasta entonces me había limitado a considerarla simplemente como una cliente. Extraordinariamente hermosa, pero a la que debía mirar desde cierta distancia.

Pero hay límites incluso para la resistencia de un tipo como yo, de manera que sus labios aletearon demasiado cerca de los míos, y la inmensa profundidad de sus ojos me atrajo con la fuerza de un imán, y vi el extraño brillo que se agitaba en su fondo...

Solo hube de inclinar un poco la cabeza para que mis labios cayeran sobre los suyos. Noté un escalofrío por todo el cuerpo, mientras el mundo semejaba girar más aprisa a mí alrededor, lanzándome a alturas inmensas a las que no llegaba nada más que el calor de su boca y el perfume de su aliento...

Terminó mucho antes de lo que deseaba. Por unos segundos permanecemos muy juntos, hasta que ella desvió la mirada y, apartándose, tomó su vaso y bebió unos sorbos con manos que temblaban.

—Isaleen...

—Prefiero que no diga nada, Mike.

Cerré la boca. Después busqué un cigarrillo y lo encendí, dejándome caer en el extremo de un diván adosado a un rincón de la salita.

Ella tardó un par de minutos en reaccionar.

—Deme un cigarrillo, Mike —pidió.

Encendí uno y se lo ofrecí. Vino a sentarse a mí lado lentamente, sin mirarme.

—No había sucedido desde hace dos años —susurró.

—¿Qué?

—Desde que murió él... no había deseado besar a ningún hombre. Hasta esta noche.

—Está bajo los afectos de las emociones pasadas, eso es todo.

—¿Lo cree realmente, Mike?

La miré fijo durante un largo tiempo.

—No —dije.

Consiguió sonreír.

—Es usted un hombre extraño —murmuró—. Me desconcierta. ¿De veras tenía miedo cuando ha decidido salir a investigar?

—Un miedo terrible.

—No obstante, se ha empeñado en internarse en la espesura.

—Sí.

—A pesar de tener miedo...

—A pesar de eso.

—¿Por qué?

—No lo sé con exactitud. A un animal no le temo, por lo menos, no más que a un hombre. Después de todo, cualquier persona cuerda, con sentido común, tiene miedo en ciertas ocasiones, aunque ese miedo está inspirado por el peligro desconocido, el peligro que no se ve, que permanece escondido y agazapado en la oscuridad... Solo existe un modo de librarse del miedo en estas ocasiones, y es enfrentar el peligro y terminar con él de una vez por todas.

—Puede volverle la espalda y huir...

—Así no se vence el miedo...

Callamos durante unos instantes. Aplasté el cigarrillo en un cenicero. Ella murmuró:

—¿Cree que soy una mujer fácil, Mike?

—¿Por qué tendría que pensar eso?

—Yo he buscado que me besara... le he provocado...

—Creo que los dos necesitábamos.

—¿De veras lo cree así?

—Seguro.

—Me gustaría saber más de usted, Mike. Francis no fue muy explícita en ese aspecto.

—No hay mucho que contar.

—¿Vive solo?

Sonreí.

—Totalmente solo, Isaleen.

—No es agradable la soledad, ¿verdad?

—No siempre, lo reconozco. ¿A dónde quiere ir a parar, pequeña?

Se encogió de hombros.

—Hablo por hablar —murmuró—, como esa gente que silba en la oscuridad para alejar el miedo.

—Comprendo.

—Me alegra haberle traído aquí, Mike. No sé qué hubiera sido de mí esta noche...

—Probablemente, estaría durmiendo pacíficamente. De haber estado aquí, sola, no habría salido a explorar los alrededores, ¿verdad?

—Naturalmente que no.

—Entonces...

Me interrumpí al escuchar los motores de varios coches. Al mismo tiempo, el brillo de sus faros relampagueó un instante en la ventana y luego se apagó.

El *sheriff* y sus ayudantes acababan de llegar. Me levanté y la muchacha hizo lo mismo. Su voz fue un susurro cuando me advirtió:

—Es mejor que se limpie el carmín de los labios, Mike...

—¡Y no me lo dice hasta ahora! —exclamé, riendo.

Lo hice apresuradamente y la seguí, para recibir a los representantes de la Ley. Veríamos cómo se tomaban nuestras noticias.

CAPÍTULO IV

—Tendremos que sacar a ese desgraciado de dónde está —rezongó el *sheriff*, después de escuchar nuestro relato.

Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, excesivamente gordo para su edad y con una cara de un vivo color rosado. Sus ojillos de mirar apagado no se habían apartado de mí en un buen rato, y la mueca de disgusto que había esbozado al saber mi profesión no me había dejado duda alguna respecto a la poca simpatía que experimentaba hacia los detectives privados.

Le acompañaban dos de sus comisarios, mucho más jóvenes, pero tan desagradables como él. Presumí que iba a encontrar innumerables dificultades para mí trabajo... a menos de portarme de manera muy diplomática.

El caso es que nunca he sido diplomático.

—Usted nos acompañará, míster Decker —decidió—, solo para mostrarnos el lugar dónde está el cadáver.

—*Okey*.

Isaleen exclamó:

—¡No crean que van a dejarme aquí, sola! Prefiero ir con ustedes y...

—No es necesario. Marty puede quedarse hasta que regresemos.

Uno de sus ayudantes asintió con un gesto y eso puso punto final a las protestas de la muchacha, de manera que salimos de la casa.

Fuera, junto a los dos coches, había tres hombres más, dos de ellos con los uniformes de patrullero. Tras unas palabras de su jefe, fueron ellos quienes sacaron una camilla plegable de su auto y se dispusieron a seguirnos.

Maldita la gracia que me hizo volver a internarme en la espesura, húmeda y negra, a pesar de que esta vez iba acompañado por otros

hombres armados y con varias linternas eléctricas que despejaban la oscuridad a nuestro alrededor.

El *sheriff* Considine gruñó:

—¿Está seguro de que ese aullido, o lo que fuera que dicen haber escuchado, no provenía de un animal cualquiera?

—Por lo menos, yo no conozco ningún animal capaz de emitir semejante gruñido. De lo que sí estoy seguro es de que no provenía de una garganta humana... o por lo menos quiero creer eso. Lo contrario sería demasiado terrible.

—Los pantanos desfiguran los sonidos. Puede haber sido producto de su imaginación y...

—¿Isaleen y yo nos hemos dejado engañar al mismo tiempo?

—Los dos debían estar nerviosos...

—Está bien, pero le repito que ha sido un gruñido asesino..., algo que encerraba toda la malignidad del infierno.

—Bueno, bueno... —soltó una risita y se volvió hacía su comisario, comentando—: ¿Qué te parece a ti, Foster, se trataría de un fantasma tal vez?

—Búrlese —dije de mal talante—; todo lo que deseo es que se encuentre usted en esos condenados pantanos, solo, y escuche semejante gruñido tan cerca como lo hemos oído nosotros. Veremos si se reirá entonces...

—¿Ha sido un gruñido o un aullido de una bestia?

—Todo lo que puedo decirle es que ha sido espeluznante. No creo que un lobo hambriento pueda siquiera parecerse a nada semejante...

—Un lobo...

—¿Hay lobos por estos contornos?

—En absoluto. Alguna zorra es todo...

—Entonces debe haberse tratado de otra clase de bicho...

—Tengo una idea —exclamó el ayudante del *sheriff* con voz burlona.

—¿Sí, Foster? —le animó su jefe, en el mismo tono de chunga.

—Apuesto que se trataba de un hombre-lobo. ¿No ha oído usted hablar de esos tipos que en las noches de luna se convierten en lobos, *sheriff*?

Contra lo que cabía esperar, Considine no coreó la risa del otro.

Yo dije con un gruñido de disgusto:

—Esta noche no hay luna.

—Tal vez...

—¡Cállate! —ordenó el *sheriff*—. Esa clase de fenómenos no existen.

—Se equivoca.

Todos pegamos un respingo y nos detuvimos. El patrullero que había hablado nos miró un tanto desconcertado, a la luz de las linternas.

El *sheriff* refunfuñó:

—No me diga que usted cree en esas paparruchas, Morley.

—No señor. Quiero decir que los hombres-lobos son creación de la fantasía... pero la licantrópía es una realidad.

—¿La qué? —exclamó Considine.

—Licantrópía —repitió el patrullero—. Suelo leer bastante en mis horas libres. Sé algo respecto a esta clase de locura.

—¿Es una locura?

—Oh, seguro. No es un tipo común de locura, pero se han dado casos... El enfermo solo lo está excepcionalmente. Sufre ataques con cierta periodicidad y durante esos arrebatos se cree que es un lobo. Esos desgraciados, a través de los años, son los que han dado base para la leyenda de los hombres-lobos, ¿comprende?

El *sheriff* resopló, impresionado a su pesar.

—No puedo creerlo —masculló—. Todo esto son supersticiones para engatusar a los negros.

—Lo son en lo que respecta a que a un tipo determinado le crezcan el pelo y los colmillos, y las orejas, y ande como un lobo. Pero un enajenado mental puede creerse lobo y mientras le dura la enajenación matar como esas fieras.

—¿Trata de asustarnos? —gruñó el representante de la Ley.

Yo dije:

—Lo que ha dicho ese hombre es cierto, *sheriff*. Puede preguntarle a cualquier siquiatra y le dirá que ese tipo de locura existe. Y si lo que estamos hablando es cierto, me considero el tipo más afortunado de la creación.

—¿Por qué?

—Porque si eso es obra de un licántropo, un maldito asesino que se cree un lobo, entonces esta noche Isa— leen y yo hemos nacido por segunda vez, ya que ha gruñido a diez metros de nosotros.

—Démoslo por cierto —concedió a regañadientes—. ¿Cree usted que un loco de ese tipo tendría el sentido común suficiente de quitarle el rifle tan sigilosamente?

—No lo sé. Pueden haber varias explicaciones para ese hecho.

—Dígame una convincente y cerraré la boca todo el resto de la noche —me desafió.

—Bueno, tenga en cuenta lo que le he contado respecto a que no he podido ver el menor rastro de sangre alrededor del cadáver, como usted lo verá cuando lleguemos hasta él. Eso quiere decir que estaba siendo transportado cuando Isaleen y yo hemos aparecido en el sendero. ¿Está de acuerdo?

—Siga adelante.

—Muy bien; supongamos que el crimen ha sido cometido por un licántropo, un loco cuyos ataques son periódicos y pasajeros. Puede haber matado, pero no devorado. Entonces, en un instante de cordura, si se ha

dado cuenta de lo que ha hecho, quizá ha tratado de ocultar el cadáver y nosotros se lo hemos impedido.

—Pero según usted les ha gruñido amenazadoramente.

—Así es.

—Vamos a ver el cadáver —refunfuñó el *sheriff*.

Ni él ni su ayudante tenían ya ganas de reírse.

A decir verdad, ninguno de nosotros deseaba reír en absoluto.

Encontramos el cuerpo del desgraciado negro en el mismo lugar donde lo habíamos dejado. La terrible herida que desgarraba su garganta impresionó a aquellos hombres tanto como me había impresionado a mí.

Considine refunfuñó:

—Tenía usted razón. No hay sangre en el suelo... ni arañazos en las ropas...

—Un licántropo no necesitaría producir arañazos en las ropas ni en el cuerpo para matar de esa manera —comentó el patrullero.

El *sheriff* le dirigió una furiosa mirada y el hombre cerró la boca.

Estuvieron recorriendo los alrededores en un radio de unos cincuenta metros, pero no pudieron descubrir la menor señal de violencia, ni el charco de sangre que debía haber quedado en el lugar donde el negro había sido asesinado.

Cuando volvieron a reunirse en el sendero, Considine opinó:

—Es mejor dejar la búsqueda para mañana. Con luz de día quizá tengamos más suerte. Ustedes, trasladen a ese desgraciado. A estas horas, la ambulancia debe haber llegado ya a la casa.

Cargaron el cadáver en la camilla y tras esto iniciamos el regreso, silenciosos y pensativos.

Solo cuando ya estábamos llegando, el *sheriff* masculló:

—Cada vez que asoma por el condado cualquier detective privado, surgen complicaciones. Son ustedes unos despreciables embrollones, le guste o no.

—Aquí había dificultades antes de mi llegada, *sheriff*. Un negro llamado Tommy murió de la misma forma que éste, en una lancha, hace unos días.

—Ya lo sé. Pero también entonces uno de su misma calaña andaba remoloneando por aquí. Y lo peor es que todavía sigue en la ciudad... con lo que ya son dos los fisgones que tengo a mi alrededor.

—¿Otro detective privado?

—Otro maldito fisgón.

—¿Sabe usted cómo se llama?

—Logan.

—¿Baldwin Logan?

—Seguro. ¿Lo conoce también? Y no me diga que trabajan juntos...

—No trabajamos juntos, pero conozco a Baldwin Logan. Acostumbra a ocuparse de asuntos de seguros.

—Pues espero que termine pronto su asunto y se largue de aquí. Y lo mismo le digo a usted, tipo listo...

—Quizá me quede una temporada, *sheriff*. Me gusta el lugar.

—¡Oh, al diablo! Tengo la esperanza de que tropiece con ese hombre-lobo o lo que sea que merodea por los alrededores, Decker...

No pude replicar porque estábamos llegando al jardín de Isaleen.

Había una ambulancia esperando, en la que había viajado también el médico forense. Vi cómo examinaba el cadáver a, la luz de las linternas, y a juzgar por la manera opino refunfuñó no debió gustarle nada lo que veía.

Cuando se irguió anunció de mal talante:

—El mismo tipo de heridas que las que causaron la muerte del otro negro, en la lancha. Han sido producidas por unos colmillos muy afilados...

—¿Qué opina de un licántropo? —le espetó el *sheriff* a bocajarro.

El médico respingó.

—¿Habla usted en serio?

—Seguro. ¿Existen o no esa clase de locos, doctor?

—Sí, existen, aunque son muy raros. No obstante...

—¿Qué?

—La licantrópía consiste solo en que el enfermo se cree un lobo. Solo “lo cree”, ¿comprende? No “se convierte” en lobo.

—¿Y dónde está la diferencia?

—En los colmillos. Un licántropo sigue teniendo colmillos humanos, aunque su mente le haga creer que es un animal.

—¿Y esas heridas...?

—Parecen causadas por unos colmillos más agudos que cualquier tipo de dentadura humana. Y más largos... A menos que el asesino se haya ensañado con su víctima.

—Cierre la boca si todo lo que tiene que decir se parece a eso —rezongó el *sheriff*—. Solo imaginarlo y...

El médico se encogió de hombros y dijo, cerrando la discusión:

—Está bien, le daré más detalles después de la autopsia. Pero no espere que la realice antes de mediada la mañana... Aunque de tarde en tarde, me gusta descansar.

Se fue hacia la ambulancia, donde estaba siendo introducida la camilla. Esperamos a que se hubiera marchado. Entonces el *sheriff* despidió a los patrulleros y él entró en la casa. Le seguí.

Estuvo formulando algunas preguntas más respecto a nuestra excursión. Bebió tres buenas dosis de *whisky*, fumó varios cigarrillos y, finalmente, se dio por vencido. No podía sacarnos nada más, por la sencilla razón de que le habíamos contado todo cuanto sabíamos.

Así que se despidió, prometiéndole a Isaleen que la tendría informada de sus progresos, y se largó seguido de sus ayudantes.

La muchacha susurró:

—¿De veras crees que puede tratarse de la obra de un loco... un licántropo?

—¿Has estado escuchando ahí fuera?

—Naturalmente.

—Bueno, es una posibilidad.

—Entonces, ¿por qué solo ataca a empleados de mi empresa? Un loco no haría eso. Saltaría sobre la primera víctima que se pusiera a su alcance...

No tenía réplica para semejante razonamiento, de manera que soslayé la discusión y minutos después decidimos subir a las habitaciones.

Arriba, al final de la escalera, sujeté a Isaleen por la mano, deteniéndola.

—Espera un minuto —dije.

Ella me miró. Sonrió y dejó que la besara largamente, con una pasión tan profunda como no recordaba haber experimentado jamás.

Después, contemplé cómo desaparecía en su habitación y yo fui hacia la mía.

Aquella noche, antes de acostarme, me aseguré que el ventanal estaba sólidamente cerrado. Después de eso, soñé con hombres de largos colmillos, ojos inyectados de sangre y largos pelos creciéndoles a simple vista.

Fue una maldita noche después de todo.

CAPÍTULO V

El embarcadero era un lugar sombreado y bien construido. Distintas lanchas motoras se alineaban al pie de las escaleras de madera, a la espera de clientes. Otras, las mayores, habían salido hacía poco cargadas con grupos de turistas colectivos.

Isaleen acababa de dejarme para ir a encerrarse en su oficina, de manera que deambulé por allí y no me costó nada advertir el nerviosismo de los empleados negros. Reunidos en pequeños grupos, hablaban en voz baja, excitados. Pensé que la noticia de la muerte de su compañero debía haber llegado ya a sus oídos.

Esperé pacientemente hasta que localicé a uno de ellos, que se ocupaba en sacar brillo a los metales de cubierta de una ligera *Cris-Craft*. Anduve hacia la embarcación y salté a bordo, proporcionándole un sobresalto.

—El billete, por favor —pidió.

—No he pasado por la taquilla. Solo deseo hablar con usted.

Era un muchacho joven, de unos dieciocho años. Su rostro inteligente me infundió más confianza que el de los otros que charlaban en grupos.

—Son mis horas de trabajo, *míster* —protestó—. No puedo entretenerme charlando con nadie.

—¿Quién tripula esta motora?

—Yo mismo.

—De manera que si alguien paga el importe del recorrido, usted podrá hablar durante el paseo.

—Claro, pero no puedo emprender el crucero con menos de cuatro plazas... A veces salgo con dos solamente, parejas, usted sabe. Pero les cobran cuatro billetes.

—Bien, prepárese a zarpar, capitán —dije, con una sonrisa.

Fui a las taquillas, pagué cuatro billetes y regresé a bordo, donde el joven negro me miró con manifiesta desconfianza.

—Ya podemos emprender el emocionante cruce —dije, entregándole los resguardos—. Cuatro pasajeros en uno.

Titubeó unos instantes. Tal vez pensó en sus dos compañeros muertos en un espacio de pocos días. Finalmente, mi cara debió infundirle suficiente confianza, por cuando se dirigió al puesto de control y puso el motor en marcha.

Salimos lentamente del amarradero, sorteando la multitud de barquichuelas, pequeños balandros y motoras que se agolpaban a lo largo de las pasarelas de madera.

Minutos después, el motor cobró ánimos y la lancha velocidad. La proa enfiló la masa verde que se alzaba a poca distancia, como dispuesta a embestirla de frente.

Fui a sentarme al lado del muchacho.

—¿Cómo puedo llamarle, capitán? —inquirí.

—Todo el mundo me conoce por James.

—Es un nombre tan bueno como otro cualquiera.

—¿Por qué tiene usted tanto interés en hablar conmigo, míster?

—No deseo hablar con usted en particular, sino con un empleado de esta empresa, uno de los tripulantes de las embarcaciones.

—Y ha tenido que elegirme a mí —lamentóse, meneando la cabeza.

—Bueno, he pensado que si alguien merecía ganar cinco dólares extra ese era usted. ¿Está bien así?

—Parece razonable.

—Ajá. Puede empezar a ganárselos desde ahora. ¿Conocía usted a los dos compañeros suyos que han muerto con la garganta destrozada?

—Debí suponer que se trataba de eso... ¿Quién es usted, poli?

—Ningún policía es capaz de pagarle cinco dólares a cambio de sus respuestas.

—Seguro, pero quiero saber quién es usted, ¿comprende?

—Trabajo para Isaleen Carella, su patrona.

—¿Y ha pagado el pasaje? Podía haberme interrogado en el muelle sin gastar un centavo. ¿O trata de engañarme?

—No deseo que nos vean hablar, eso es todo. Y ahora, responda mi pregunta, ¿quiere?

—Está bien, sí, los conocía a los dos. Llevaban más, tiempo que yo trabajando en esto.

—¿Vio ayer a Ba-Ba Johns?

—Naturalmente; trabajó durante todo el día. Al terminar tomamos una copa juntos, en el bar del puerto.

—¿Estaba preocupado?

—No. Era un muchacho muy alegre. Cuando nos despedimos me pareció tan normal como de costumbre.

—Bueno, ¿no le dijo dónde pensaba ir por la noche?

—No, aunque eso no es ningún secreto. Casi todas, las noches iba al *Mocambo*. Su novia trabaja allí.

—¿Qué es eso, un cabaret?

—Un club de negros.

—Comprendo. De manera que usted supone que anoche también fue a ese lugar...

—No puedo estar seguro, pero la policía lo averiguará.

—Sin duda. Ahora cuénteme a qué obedece el temor de sus compañeros. ¿Qué sucede realmente en los pantanos?

—Lo siento... no quiero hablar de eso.

—Vamos, James: usted es un muchacho inteligente. Supongo que no cree en ese cuento del diablo de los pantanos y cosas así... ¿Estudia fuera de sus horas de trabajo?

—¿Cómo lo sabe?

—Lo he supuesto al oírle hablar. Si sigue cualquier curso superior estará usted por encima de supersticiones absurdas. No me diga que tiene miedo de los fantasmas porque no lo creeré...

—No creo en fantasmas... —rezongó, poco dispuesto a hablar de semejante tema—. No obstante, algo hay que nos amenaza a todos en estas aguas.

—No diga tonterías. Son las mismas aguas de cien años atrás, y seguirán siendo las mismas dentro de otros cien años. Bueno, ¿qué los ha asustado?

No respondió inmediatamente. Estábamos llegando a la entrada de un claro donde los altísimos árboles formaban una especie de inmenso túnel de verdor, bajo el que las aguas se adentraban susurrantes y quietas.

Pronto nos internamos en un extraño mundo quimérico, en el que crecían fantásticas plantas trepadoras, espectaculares lirios silvestres exhibiendo todos los colores del arco iris; nenúfares gigantes y magnolias cuyo perfume llegaba hasta mi olfato con fuerza extraordinaria.

Una bandada de grullas alzó el vuelo y se perdió de vista entre la espesura. Curiosas algas flotando bajo la superficie del agua, y oscuras formas deslizábanse entre ellas como pequeños duendes.

Una pareja de garzas reales sobrevoló unos instantes la lancha, antes de alejarse despreciativamente.

Altísimos juncos bordeando la orilla, y, tras ellos, una espesa barrera de nenúfares, eran como la antesala de la impenetrable espesura que se extendía tras ellos. De las ramas de los árboles que se inclinaban sobre las aguas colgaban bellas muestras de musgo, entrelazado con las fuertes lianas, y entre unos y otras formaban una red enmarañada que semejaba unir unos árboles con otros...

En unos minutos uno tenía la sensación de haber saltado hacia atrás en el tiempo y el espacio, trasladándose a un mundo gigantesco y primitivo en

el cual el ruido del motor de la lancha resultaba incongruente.

—Comprendo que esta maravilla impresione a la gente —comenté, sobrecogido por la pequeñez del ser humano en aquella amenazadora concentración de gigantes verdes—. Pero eso no es suficiente para asustar a la mayoría de tripulantes de las motoras, James ¿Qué hay detrás de ese miedo?

—Ellos lo llaman el diablo de los pantanos...

—Bien, aceptemos que lo llamen así. ¿Cómo lo llama usted?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. No lo he visto... nadie ha visto jamás esa cosa...

—¿Qué cosa?

—Tampoco puedo responderle. ¿Un animal, un asesino loco...? Puede tratarse de cualquier hecho extraño, pero es indudable que existe. Si nos quedaba alguna duda, ahí tiene usted los cadáveres de Tommy y de Ba-Ba Johns.

—Está bien, admitámoslo igualmente, pero el miedo entre los empleados de color empezó mucho antes de que apareciera el cadáver de Tommy. ¿Qué lo provocó?

—Los gruñidos.

Pegué un respingo.

—¿A qué se refiere? —indagué, casi adivinando la respuesta.

—Hay veces que un animal rabioso parece seguir las lanchas... Gruñe, y aúlla... pero con la diferencia de que ningún al final conocido podría gruñir de manera tan cruel... e aseguro que es espeluznante.

Yo sabía algo de eso, porque la noche anterior había tenido una experiencia a lo vivo de semejante sonido.

—¿Y eso los ha asustado? —exclamé, no obstante.

—Seguro, míster. Nunca se había oído nada igual en los pantanos. Es algo que ha surgido de repente...

—Pero eso es algo que igualmente lo deben oír los pasajeros. Los turistas forzosamente deben formular preguntas... ¿qué opinan ellos de esos aullidos?

—Algunos se asustan momentáneamente; otros lo atribuyen al aullido de un lobo... excepto que en los pantanos no hay lobos. Además, los turistas lo oyen una sola vez, pero nosotros lo hemos escuchado en distintas ocasiones, y es algo que nos sigue, que nos acecha desde la espesura... Y, además, es la época del *vudú*, usted sabe...

—¿Lo practican aquí?

—Solo los mayores... los jóvenes se desentienden de esas prácticas de brujería, pero no las combaten ni discuten porque en el fondo temen su poder.

—Otra cosa, James... Esos gruñidos, ¿los han oído siempre en los mismos lugares, o bien parecen desplazarse, como si fueran varios los

animales que los producen?

—Se han oído en distintos recorridos.

—¿También en el que estamos efectuando?

—También en éste...

—¿Cerca de dónde estamos?

—Más adelante...

—Bien, esperaremos a ver si tenemos suerte y podemos escucharlo, James.

—No me gustaría.

Continuó atento a mantener la lancha en el mismo centro del río, o de lo que fuera aquella extensión de agua pantanosa bordeada por la vegetación monumental.

Distinguí algunos troncos flotando a la deriva, pero no pude ver ningún cocodrilo y lo comenté con James, el cual señaló los troncos y aseguró:

—Eso son cocodrilos, mister... veré.

Se inclinó y sacó algo de una bolsa de plástico. Resultó un trozo de carne de regular tamaño, que arrojó por encima de la borda.

Contemplé el surtidor de agua que levantó al caer. Inmediatamente, lo que yo había creído troncos a la deriva, se pusieron en movimiento y convergieron en el lugar donde el trozo de carne se acababa de hundir.

Hubo un remolino y un furioso sacudir de largas colas. Después todo volvió a quedar quieto y los saurios reaparecieron, quietos y perezosos, pero mucho más cerca de la motora que antes. Pude ver sus cabezotas equipadas con velados ojos cómo nos miraban pasar, seguramente imaginándose lo bueno que resultaría poder hincarnos el diente...

—Hay muchos por aquí —explicó James—, aunque no son muy grandes. Los gigantes viven más al interior. No les gusta la proximidad de las motoras.

—Eso me satisface en gran manera. No es una vecindad que me resulte particularmente simpática...

A medida que nos internábamos en el pantano, la luz resultaba ir más tamizada y más débil, a pesar del brillante sol que caldeaba la tierra. Pero los árboles, las lianas, el musgo y las plantas trepadoras que se encaramaban por los troncos hasta la enorme copa formaban un techo tan espeso que ni siquiera los potentes rayos del sol podían atravesarlo por completo.

—Aquí —murmuró James de repente.

—¿Aquí qué?

—Por estas cercanías escuché el aullido la última vez...

—Muy bien, reduzca la marcha.

—¿Qué?

—No se alarme, no voy a pedirle que se acerque a la orilla. Todo lo que deseo es oír ese grito, o lo que sea, el mayor tiempo posible para tratar de

identificarlo.

Obedeció a regañadientes, pero la lancha perdió velocidad y siguió deslizándose suavemente.

Bandadas de pájaros multicolores cruzaban de un lado a otro, o jugueteaban en el aire llamándose con su agudo piar. El chapoteo de las aguas en las orillas era profundo y sordo, amenazador.

Delante nuestro apareció un cerrado recodo. Observé el creciente nerviosismo de James cuando manejó el timón para seguir la curva.

Al mismo tiempo, capté el silencio, y la soledad de aquel trozo de río. A ambos lados, como abiertos a cuchilladas, había estrechos brazos de agua que se internaban en la selva, o quizá era que la selva crecía directamente sobre el agua dejando aquellos espacios abiertos como pulmones en los que los habitantes de las profundidades pudieran emerger en busca de aire y luz...

Ni un solo pájaro revoloteaba en todo lo que alcanzaba la vista. Ni un grito de ningún animal... solo el chapoteo lúgubre de las aguas.

—Este es el punto más profundo del pantano, por lo menos, de todo el territorio conocido —explicó James con voz sorda.

Recordé las palabras de Isaleen y no pude evitar la pregunta:

—¿Fue aquí donde encontraron a Tommy?

—Sí...

—¿Dónde exactamente?

Señaló la orilla derecha. El musgo y las algas se confundían en fraternal abrazo, hundiéndose juntos en el agua. Los troncos surgían del mismo río y sus ramas se hundían en él como rindiéndole pleitesía. Todo estaba quieto, igual que muerto.

—Allí... donde la hierba forma un pequeño prado que se adentra en el agua...

—Ya lo veo... ¿cree usted que se acercó a la orilla por su propia voluntad?

—No.

Fue una contestación rotunda, seca. No necesité preguntarle las razones por las que lo creía, ya que añadió con voz sorda:

—Ni él ni ninguno de nosotros se atrevería a desembarcar en este paraje... desde que empezó a oírse el aullido. Y Tommy lo había escuchado también al principio.

—Ya veo...

—¿Le ha hablado la patrona de cómo murió su marido, hace dos años?

—Sí.

—Bien, también ocurrió aquí, en este recodo... su cuerpo nunca pudo ser encontrado.

—Eso fue una coincidencia. Tanto él como Tommy pudieron morir en cualquier otra parte del pantano.

—Pero murieron aquí —retrucó, sin entonación en la voz.

Una gran mancha oscura se despegó de la orilla y se acercó rauda a la lancha. Era el cocodrilo más grande de los que llevaba vistos hasta entonces.

—Ese no parece asustarse del diablo de los pantanos —dije con cierta ironía.

James me miró con reproche. El saurio levantó un poco la cabeza y nos mostró la sucia hilera de grandes dientes. Incluso pude distinguir perfectamente las cavidades de sus dientes superiores, donde encajan los colmillos del maxilar inferior. Era un magnífico ejemplar, cuya piel haría felices a más de cuatro damas elegantes...

Estaba contemplando al animal, cuando el sordo gruñido repercutió bajo la bóveda verde del pantano.

CAPÍTULO VI

Fue tan satánicamente maligno como la primera vez que lo oyera, a pesar de provenir de más distancia.

James se aferró convulsivamente a la rueda del timón y aceleró el motor de manera instintiva.

—¡Despacio, muchacho! —le ordené, con los nervios tensos.

—¿Lo ha oído? —balbuceó.

—Seguro.

El aullido se repitió una vez más, quebrando el pesado y casi pegajoso silencio del pantano en aquel paraje. Me produjo estremecimientos oírlo por segunda vez, más largo, más mortal si cabe, prolongándose en una especie de lamento bestial que me erizó el cabello.

Pensé que era un sonido llegado de otra dimensión, creado para otros seres muy distintos a nosotros, los humanos. Nuestros oídos no podían asimilar todo el horror de aquel gruñido sin provocar estremecimientos hasta en la más pequeña fibra del cuerpo.

—¡Dios del cielo, mire! —suspiró James, sin aliento.

No era necesario que me señalara el sinuoso movimiento de las plantas, muy cerca de la orilla. Detrás de la muralla de vegetación, algo se había desplazado, algo lo bastante grande para mover incluso los fuertes troncos entrelazados de los juncos gruesos como lanzas.

—¡Detén el motor! —ordené secamente.

—¿Se ha vuelto loco?

—Quiero comprobar si esa bestia o lo que sea se asusta del ruido. ¡Para el motor te digo!

Tras otra protesta, el muchacho cerró el contacto y la lancha se deslizó algunas yardas en silencio y luego quedó inmóvil, solo balanceándose suavemente.

Saqué el *Webley* y apunté algo más adelante del lugar donde había distinguido el movimiento. Cuando apreté el disparador, el estampido,

bajo aquella espesa bóveda, se multiplicó produciendo un ruido parecido a un cañonazo.

Obtuve un resultado poco tranquilizador. Hubo un movimiento violento entre las plantas y una sucesión de gruñidos espeluznantes, más salvajes que los anteriores si eso era posible, igual que si el ser infernal que los emitía se hubiese enfurecido y solo deseara destrozarnos a dentelladas.

James gimió, aferrado al timón. Por mi parte, disparé dos veces más, apuntando al centro de verdor donde parecía radicar la fuente de movimiento.

Todavía pudimos oír un par de aullidos más, y a juzgar por su diabólico furor ni siquiera estaba herido, fuese lo que fuere aquello.

Tras esa última explosión de salvajismo, todo recobró la calma y ya no hubo más movimiento ni más gruñidos. Entonces descubrí que tenía la frente perlada de sudor.

—Bueno —comenté con voz ronca—. Ahora comprendo perfectamente que se hayan desatado los temores supersticiosos de tus compañeros, muchacho...

—¿Cree... cree usted que se trata de una bestia?

—Quisiera saberlo... Pero sea lo que sea, no es ningún diablo, James. ¿Estás de acuerdo conmigo?

—No lo sé... Hay cosas que no podemos comprender. El *vudú* es poderoso, místico, y ya ha visto que las balas no le han hecho nada.

—Bueno, he disparado a ciegas. Acertarle habría sido una casualidad inaudita.

—¿Damos la vuelta?

—Seguro. Ya tengo bastante por esta vez.

El viaje de regreso fue mucho más rápido que el de ida. James parecía tener una extraordinaria prisa por llegar al embarcadero, y hube de reconocer que no le faltaba razón al desear alejarse de aquellos lugares.

Cuando terminó la maniobra de amarre, le tendí un billete de cinco dólares, recomendándole al mismo tiempo:

—No digas una palabra de lo sucedido a tus compañeros. ¿De acuerdo, muchacho?

—Todo lo que deseo es olvidar lo que he visto y escuchado. De todas formas, gracias por ese dinero.

Se embolsó el billete. Cuando salté a tierra me siguió con la mirada, preocupado.

Encontré el bar y pedí un *whisky* doble. Lo engullí de un par de tragos y mandé que me sirvieran otro.

Era la medicina que necesitaba después de la experiencia vivida en el pantano.

Después de la segunda dosis de *whisky*, decidí cambiar impresiones con Isaleen. Poco más o menos, había descubierto a qué obedecía el temor

de sus hombres, cosa que en definitiva era lo que ella deseaba.

Más, cuando di mi nombre a la bonita empleada que estaba detrás de la valla que dividía en dos la oficina general, me dijo:

—La señora Carella se ha visto obligada a salir, pero ha dejado un encargo para usted... Tenga —añadió, entregándome unas llaves de coche—. Ella ha hecho traer el “Corvette”, encargándome le dijera que puede usted utilizarlo mientras esté aquí.

—¿No ha dicho cuándo volvería?

—Solo ha dejado el trabajo listo para el resto del día, de manera que igual puede regresar en cualquier momento como no presentarse hasta mañana. Es cuanto puedo decirle.

—Gracias. La veré en otra ocasión. ¿Dónde han dejado ese coche, por favor?

—Abajo, en el aparcamiento de las oficinas. Está detrás del bar.

—Magnífico.

El ligero vehículo me proporcionó un par de sobresaltos antes de adaptarme a él. Era mucho más rápido que todos los que había manejado hasta entonces, y obedecía al acelerador con tanto genio como un potro puro sangre.

Lo conduje con ciertas precauciones durante un trecho. Luego le encontré gusto a la velocidad y manejé con más soltura hasta la oficina del *sheriff*.

Pero estaba visto que aquella mañana no era precisamente favorable para mí. Me dijeron que el *sheriff* había tenido que salir urgentemente y nadie pudo indicarme ni siquiera aproximadamente cuándo estaría de regreso.

Contrariado, pensé en dar un largo paseo con el veloz “Corvette”, pero finalmente opté por hacer una visita al detective llamado Logan, y que según mis noticias se alojaba en el “Bahía-Mar Hotel”.

Esta vez tuve más suerte. El recepcionista me indicó que míster Logan estaba en aquellos momentos en el bar, y tras rehusar un botones como guía fui al encuentro de mi viejo conocido.

Lo encontré bebiendo y fumando, en actitud meditabunda. A juzgar por su aspecto, no era más feliz que yo en aquella condenada mañana.

—Me alegro de verte, Logan —dije, encaramándome al taburete que estaba a su lado—. Dejaré que me invites a un trago y me cuentes tus problemas...

—¡Mike Decker! —exclamó—. Leí un par de cosas sobre ti, ayer por la mañana. Pero yo creí que estabas en Miami.

—Allí debiera haberme quedado si tuviera sentido común.

Pedí un *whisky* para mí y otro para Logan. Mientras los servían, él indagó:

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? Por lo que puede comprender

terminaste por recuperar las joyas que tu compañía había asegurado, con lo que tu caso debió quedar cerrado. ¿Qué comisión tienes en esa operación?

—El quince por ciento del total recuperado, pero los gastos corrieron de mi cuenta.

—Incluso así será una buena tajada. Pero no me digas que estás metido en otro lío tan pronto.

—¡Y qué lío, hermano! —exclamé, saboreando el excelente *whisky*.

—¿También para la compañía aseguradora?

—Por cuenta de una dama, Logan. Y te aseguro que en tu vida has visto nada igual.

—Ya veo... estás tratando de despilfarrar ese quince por ciento antes de regresar a Los Ángeles, ¿eh?

—Te digo que estoy trabajando para una dama. Solo tu retorcida mente puede haberte dictado semejante idea.

Rió sin entusiasmo y bebió prolongadamente de su vaso. Después gruñó:

—Eres el tipo con más suerte de cuantos conozco.

—Seguro. A mí me dan los casos resueltos por adelantado.

—No he dicho eso, pero sí que te encargan los mejores...

—¿Quieres decir con eso que el tuyo es un hueso?

—Y tan duro de roer que ya no me quedan dientes.

—Cuéntame.

—No debería hablar de eso... pero no creo que vayas pregonándolo por ahí. ¡Oíste hablar de Levine, hace unos años?

—¿Lewis Levine, el potentado del hampa?

—El mismo que viste y calza.

—Todo lo que sé es que le echaron el guante y que está en presidio por una larga temporada.

—Veinte años como mínimo.

—Eso es. ¿De qué se trata, ha estafado al alcaide acaso?

—¿Recuerdas por qué motivo fue detenido y encerrado?

—No. La verdad es que por entonces yo me encontraba en Nueva York. No me enteré de los detalles.

—Bien, fue el organizador del golpe al *Shaving Bank* de Glendale. Doseientos siete mil dólares que nunca han sido recuperados.

—¿Y te han encargado a ti buscarlos ahora, después de esos años?

—Poco más o menos.

—Están locos. ¿Qué compañía fue la afianzadora del Banco?

—“La Mutua”.

—Los conozco. He trabajado para ellos algunas veces.

—Bueno, tuvieron una confidencia y parece ser que el dinero está todavía guardado... precisamente aquí.

—¿En Everglades?

—Ajá.

—¿Qué clase de confidencia fue esa, Logan?

—De las que ofrecen todas las garantías. Un tipo fue atropellado por un coche y llevado al hospital en grave estado. Poco antes de morir, comenzó a delirar y mencionó el golpe del Banco entre otras cosas igualmente interesantes... Bueno, nosotros llegamos a su lado poco antes que expirase y pudimos escucharlo.

—Ya veo... No quiero meterme en tus asuntos, pero yo en tu lugar iría con mucho cuidado. Creo recordar que solo capturaron a Levine en aquella ocasión, de manera que su brazo derecho, Lee Marshall, y algunos de sus hombres, quedaron sueltos. Ellos también deben tener gran interés por apoderarse de esa fortuna.

—Hasta el momento no ha aparecido ninguno de ellos por aquí. Pero al diablo con eso. Bebamos.

Vaciamos los vasos. Tras eso indagó:

—Dime algo de lo que estás haciendo tú, Decker, a menos que sea confidencial.

—Nada de confidencial, pero es un asunto de locos. No me creerías si te contase los detalles.

—Prueba.

—¿Tú sabes qué es un licántropo?

—Seguro. Un hombre lobo. Leí una novela que...

—¿Has oído hablar también del diablo de los pantanos?

—En mi vida he oído nada semejante. ¿Qué significa todo esto?

—Eso es parte de mi problema, Logan.

Se irguió, mirándome acusadoramente.

—¿No crees que es demasiado temprano para que ya estés borracho, compadre? —me espetó.

—He bebido un par de copas, pero estoy perfectamente bien. Ya te he dicho que no me creerías...

—Ni nadie en sus cabales creería esa patraña. Licántropo... el diablo de los pantanos... ¿por qué no escribes un cuento con esos personajes? Seguro que te lo compraban...

Me encogí de hombros y encendí un cigarrillo. Desistí de contarle los detalles, seguro que acabaría creyendo que le tomaba el pelo.

De manera que callé y él se disparó en una serie de comentarios poco amables dedicados a mi falta de sinceridad.

—Lo que más me choca es que quieras engatusarme con algo tan absurdo —acabó en son de queja.

Para cambiar de conversación le pregunté si había tropezado con el *sheriff* Considine, y eso le hizo saltar.

—¡Ese pedazo de alcornoque!... —exclamó—. Estuvo diciéndome lo

mucho que le fastidiaban los detectives privados y me recomendó que me largase de aquí cuanto antes...

—Lo mismo me dijo a mí.

—¿Cuándo trabaste conocimientos con él?

—Anoche...

—Me gustaría poder expresarle mi opinión respecto a él. Te aseguro que después de escucharme se sentiría tan amargado y avergonzado que renunciaría a su chapa con lágrimas en los ojos.

—Lo dudo... Y ahora que se me ocurre; tú llevas más tiempo aquí que yo. ¿Conoces un club de negros llamado *Mocambo*?

—Seguro. Tienen una orquestina de jazz maravillosa.

—¿Cómo lo sabes?

—Estuve allí una noche... ¿Por qué, tienes algún interés especial por ese lugar?

—Quiero visitarlo, eso es todo.

—¿Profesionalmente?

—No del todo.

—¡Al diablo contigo! —exclamó.

—Bueno, te permitiré que me acompañes, si me prometes no emborracharte por el camino.

Se echó a reír. Era fama entre los que le conocíamos que jamás había estado borracho. Bebía moderadamente, pero en todas las ocasiones sabía cuándo había llegado al límite de resistencia.

—Trato hecho —dijo, satisfecho—. Esta noche te llevaré al tugurio negro...

Eso le valió otro *whisky* por mí cuenta y eso salió ganando.

CAPÍTULO VII

Detuve el “Corvette” frente a la entrada del club *Mocambo*, al otro lado de la calle. La fachada del establecimiento era oscura y deslucida, y el resplandor azulado del rótulo no contribuía a darle vistosidad precisamente.

Mientras atravesábamos la calzada, Logan comentó:

—No juzgues por el exterior, compañero. Te darás pronto cuenta que esos morenos son mucho más pulcros que muchos blancos...

Tenía toda la razón. El interior era limpio y bien montado. Había una pequeña pista, un estrado para los músicos y un par de docenas de mesas esparcidas estratégicamente. El bar estaba separado del salón principal por un pequeño arco del que colgaba una cortina de abalorios que hacía juego con el resto de la decoración. Al atravesarla, advertí a mí compañero:

—No olvides que somos policías mientras estemos aquí.

—¿Quieres decir que pretendes hacerte pasar por polizonte?

—Eso es.

—Está bien, adelante. No creo que en la celda puedas conseguir *whisky* ni tabaco...

Nuestra entrada llamó un poco la atención, debido principalmente a que éramos los únicos clientes blancos de todo el local.

Pedimos las bebidas y desperdiciamos un poco de tiempo viendo el ambiente. Solo cuando terminamos de beber hice una seña al mozo y esperé que se acercara.

Era un hombre de unos cincuenta años, obeso y de aspecto jovial. No obstante, toda su jovialidad desapareció cuando le mostré fugazmente mi credencial.

—Policía —dije con tono resuelto—. Estamos buscando una muchacha para formularle unas preguntas. Nada serio...

—¿Una de nuestras chicas?

—Eso es, aunque no sabemos su nombre.

Hizo un gesto de extrañeza, pero añadió:

—Sin embargo, es fácil localizarla. Es la amiga de un hombre llamado Ba-Ba Johns.

Había albergado la esperanza de que todavía no supiera la noticia de la muerte del negro, pero a juzgar por el respingo del *barman* sabía perfectamente lo que le había sucedido a Ba-Ba.

—¿Y bien? —le apremié.

—Sí, claro... Es Lillie.

—¿Está aquí esta noche?

—En su camerino. Es nuestra cantante, pero esta noche no está en condiciones de actuar... la noticia de lo ocurrido... ustedes comprenden...

—¿Dónde está ese camerino?

Nos lo indicó y nos dirigimos allá sin perder tiempo. Por el camino, Logan rezongó:

—¿Qué pasa con ese Ba-Ba y la cantante?

—El murió anoche. Alguien le destrozó la garganta a dentelladas.

—¡Qué!

Llamé a la puerta y la empujé sin esperar respuesta. Una joven negra de rara belleza nos miró desde el lugar que ocupaba frente al espejo. Para hacerlo necesitó contorsionar el cuerpo y pude apreciar su elasticidad.

—¿Qué buscan aquí? ¡Salgan ahora mismo, blancos!

—Tómelo con calma, Lillie. Queremos hablarle de su amigo muerto...

Hice el mismo rápido gesto que ya había realizado con el mozo, de manera que le mostré la credencial tan fugazmente que no pudo apreciar los detalles. Al mismo tiempo anuncié:

—Soy el teniente Dereck. Este es el sargento Logan, de Homicidios. El condado ha solicitado nuestra colaboración. ¿La tranquiliza saber eso?

—¿Por qué tendría que tranquilizarme? Ustedes no podrán devolverle la vida a Ba-Ba...

—Eso es cierto, pero podemos ajustarle las cuentas a su asesino...

—¿Van a dedicarse a cazar un animal salvaje?

Había un amargo sarcasmo en su voz. Decididamente, no tenía mucha confianza en la policía.

Me acerqué a ella. Advertí las señales de su reciente llanto.

—No es seguro que fuera un animal quien mató a su amigo, Lillie. Precisamente estamos investigando eso ahora. ¿Quiere usted ayudarnos?

Nos miró, desconcertada por la manera de comportarse de quienes creía policías.

—Haré lo que ustedes digan —concedió al fin.

—Solo responda algunas preguntas... por ejemplo: ¿Vio usted a su amigo anoche?

—Sí, como todas las noches...

—¿A qué hora?

—Vino a buscarme a casa y me acompañó aquí. Debían ser las nueve y media o poco más.

—¿Hasta qué hora permaneció en su compañía?

—Se marchó después de mi primera actuación... a eso de las once menos cuarto.

—¿Acostumbraba marcharse a la misma hora todos los días?

—¡Oh, no! Siempre se quedaba hasta que yo terminaba de actuar, después de las dos. Entonces nos íbamos juntos a casa...

—Comprendo. ¿Qué razón le dio para explicar su cambio de costumbre anoche?

—Todo lo que me dijo fue que tenía una cita muy importante con alguien que le daría a ganar una buena cantidad de dinero...

—¿No mencionó quién era ese alguien?

—No...

—¿No volvió a ponerse en contacto con usted en ningún momento después de su marcha?

—No... ya no supe nada más de él... hasta esta tarde.

Un sollozo ahogó su voz. Logan me miró, inquieto, pero no dijo una palabra.

Concedí unos instantes a la muchacha para calmarse. Después pregunté:

—¿Le habló alguna vez, anteriormente, de que planease ese negocio que iba a proporcionarle tanto dinero?

—Nunca; anoche fue la primera y única vez...

—¿Lo vio hablando con alguien desconocido mientras estuvo aquí?

Sacudió la cabeza de un lado a otro. Comprendí que no iba a sacar nada de semejante interrogatorio, de manera que tras unas preguntas más sin importancia nos despedimos, abandonando el camerino y a una bella mulata llorando la muerte de su amigo.

Logan refunfuñó, cuando llegamos a la salida:

—¡Sargento Logan! Podías haberme ascendido... Y además le diste nuestros nombres verdaderos. ¿Dónde tienes la cabeza, Decker?

—Cierra el pico. Quiero hablar un momento con ese capitán pirata...

El portero vestía un llamativo uniforme indefinido. Nos mostró toda la rutilante porcelana de su dentadura cuando vio que nos dirigíamos a él.

Comencé por depositar un par de dólares en su mano descaradamente tendida. Tras este preliminar le disparé la primera pregunta resueltamente.

—¿Conocía usted a Ba-Ba Johns?

Sus ojos se agrandaron de temor.

—¿Quiénes...?

—No empiece con esa cantinela. ¿Sí o no?

—Bueno, venía aquí todas las noches...

—¿Lo vio usted anoche?

Asintió con un gesto atemorizado.

—¿Cuándo salió del local?

—Sí... y recuerdo que salió mucho más temprano que de costumbre.

—Ajá. Si lo recuerda tan bien, debió fijarse si se marchó andando, o utilizó un taxi, y qué dirección tomó...

Callé cuando advertí que el hombre estaba haciendo señas negativas con la cabeza.

—Tomó un coche que estaba esperándole —dijo entonces.

—Ahora parece que llegamos a alguna parte. ¿Puede decirnos qué clase de coche era?

—Todo lo que sé es que se trataba de un auto de esos grandes, negro y con matrícula de Georgia.

—Es una lástima que no pueda decirnos también qué matrícula llevaba...

—No le presté una atención especial...

—Naturalmente. ¿Pudo ver quién había en el coche?

—Dos hombres, aunque solo distinguí las siluetas. La calle es muy oscura y el auto estaba en la otra acera.

—Está bien, creo que eso es todo. Gracias.

Nos apartamos de él. Logan refunfuñó:

—Me pregunto qué demonio andas buscando. ¿Es que te has metido en un caso de asesinato?

—Eso sospecho... Y quizá sean dos los asesinatos en realidad.

—¡Madre mía! Y con el *sheriff* Considine diciéndonos que quiere vemos a mil millas de aquí... ¿Es que te has vuelto loco, muchacho?

No le respondí porque habíamos llegado al lado del "Corvette". Además, mi mente estaba muy ocupada archivando y analizando los informes que acababa de obtener. De todo ello, lo único importante era el dato según el cual dos hombres habían estado esperándole en un coche de lujo con matrícula de Georgia.

Quizá debido a hallarme tan abstraído no advertí el peligro hasta que ya lo tuvimos encima. Tampoco Logan, al margen de mi asunto prestó atención a los cuatro hombres que se habían acercado y que estaban evolucionando con naturalidad, cercándonos.

Solo cuando el más cercano habló descubrí su presencia. El tipo dijo solamente:

—¿Decker?

—Sí. ¿Qué...?

—¡Cuidado!

La advertencia de Logan fue sumamente oportuna, por cuanto los otros tres estaban cayéndonos encima.

Fue como si acabara de desatarse el infierno en la oscura calle...

CAPÍTULO VIII

Los primeros instantes fueron de desconcierto ante lo inesperado y brutal del ataque. Un sólido rompecabezas zumbó junto a mí cráneo, pero logré esquivarlo. No así un puño como una maza que martilleó en mi nuca tirándome de bruces.

Rodé sobre mí mismo. Alguien emitió un quejido y vi unos pies que retrocedían, vacilantes.

Esquivé la acometida de otro de los asaltantes, y logré levantarme en el preciso momento en que el tipo se lanzaba sobre mí esgrimiendo otra vez la corta matraca.

Busqué la protección de la pared para resguardar mi espalda. Entonces apoyé las manos en el muro y salté, con la pierna derecha por delante.

El salvaje puntapié consiguió detener la acometida del matón, además de obligarle a retroceder dando bandazos.

A poca distancia. Logan se las entendía con uno de los otros y lanzaba sonoras maldiciones con su voz estridente. Vi que otro se preparaba para saltarle sobre la espalda y brinqué, anticipándome a su acción. Mi puño derecho se abatió sobre su cabeza, mandándolo lo bastante lejos para que nos diera un respiro.

Pero quedaban otros, y esos no pensaban concedernos ninguna tregua. Me encontré con dos enemigos casi encima, golpeándome simultáneamente. Encajé un par de impactos, logré aplastarle la nariz a uno, y entonces el otro me cazó de lleno en el mentón.

Sentí que mi cabeza estallaba y que el mundo se desmenuzaba ante mis ojos. Caí rodando y un zapato entró en contacto con mis costillas, arrancándome un doloroso quejido.

Rodé sobre mí mismo y conseguí apartarme lo suficiente del brutal atacante. Entonces aproveché la ventaja para empuñar el revólver, de manera que tan pronto logré enderezarme un poco lo esgrimí, gritando al mismo tiempo:

—¡Al suelo, Logan!

El bastardo que había conseguido derribarme ya casi estaba otra vez sobre mí, pero la vista del enorme revólver detuvo su ataque con tanta efectividad como si hubiera tropezado con un muro.

El otro, cuya nariz chorreaba con tanta abundancia como una fuente, se precipitó hacia adelante, sin advertir el revólver hasta que tiré del disparador y el “Wembley” rugió como una legión de diablos.

El fulano pegó un salto, rebotó contra la pared y cayó sentado en la acera. Entonces comenzó a berrear, mientras con las dos manos, trataba de sostenerse la pierna que había recibido el tremendo plomo.

Eso puso fin a la pelea. Los otros tres solo titubearon un instante. Seguramente pensaron que con semejante cañón en mi mano iba a armarse demasiado alboroto, de manera que entre dos de ellos agarraron, a su compinche herido y todos echaron a correr.

—¡Deténganse! —grité, furioso—. ¡Deténganse o empiezo a disparar!

No se detuvieron ni yo disparé. Si había algo que deseaba evitar entonces era un encuentro con la policía, así que guardé el revólver y corrí hacia el coche.

—¡Vamos, Logan, a bordo! —exclamé saltando al asiento.

Mi colega dejóse caer a mi lado y hundí el acelerador. El raudo convertible salió lanzado en dirección contraria a la que habían tomado nuestros atacantes. Solo entonces, Logan masculló:

—Desde que estoy a tu lado voy de sorpresa, en sorpresa... esos tipos podían habernos liquidado si hubiesen sido más expertos en estos trotes... ¿Qué crees que pretendían? Uno de ellos ha pronunciado tu nombre.

—Ya lo he oído. Seguramente es a mí a quién buscan. Ese intento de paliza debe ser una especie de advertencia...

—Pero, ¿por qué? Eso es lo que quiero saber.

—Te aseguro que a mí me gustaría saberlo también... Vamos a charlar con el *sheriff*. Quizá podamos presentar una denuncia y reprocharle el abandono en que tiene sus calles...

—No cuentes conmigo para eso. Puedo romperle la crisma a un par de esos golfos, pero con el *sheriff* me encuentro en desventaja.

—Está bien, te llevaré al hotel. Desde allí podré telefonar también.

Lo hice desde una cabina cerrada, y fue la fresca voz de Isaleen la que escuché a través del auricular.

—He estado buscándola todo el día —dije—. ¿Cómo van las cosas, Isaleen?

—Peor a cada momento. Algo ha asustado más todavía a mi personal... temo que mañana haya más dificultades todavía para que se decidan a salir con las embarcaciones...

—Deben haber oído el aullido nuevamente... o quizá James les ha contado lo sucedido esta mañana...

—¡Mike! ¿De qué estás hablando?

—Te lo contaré más tarde, cuando te vea. De momento quédate en la casa. Asegúrate de que las ventanas están bien cerradas y no abras la puerta a nadie que no sea yo personalmente. ¿Comprendido, querida?

—¿Y qué te propones hacer tú, Mike?

—Quiero ver al *sheriff*. Después de eso iré a reunirme contigo.

—No tardes...

Colgué. Logan estaba esperándome fuera de la cabina. Había una curiosa expresión en su rostro cuando masculló:

—¿Qué te parece si me cuentas ahora todo este embrollo con detalle? Creo que he conseguido méritos suficientes para que pueda saber a qué atenerme.

—¿No tienes bastante con tu problema?

—Precisamente estoy acordándome de él. Cuando tú hayas hablado quizá pueda decirte algo que te sorprenderá. ¿Te has fijado bien en esos tipos que nos han atacado?

—Tenía otras cosas en qué pensar para molestarme en mirarles la cara. Además, estaba muy oscuro.

—A pesar de eso, he podido verle el rostro a uno de ellos... y era un oriental.

—¿Y qué con eso? Debe haber miles de orientales en este estado.

—Ese en particular, Mike, era japonés... Pero no perdamos más tiempo y cuéntame.

Le relaté con todo detalle el asunto que me había llevado a Everglades. No pasé por alto ninguno de los espeluznantes datos que poseía, y tuve la satisfacción de que el más completo estupor se retratase en su cara.

—Todo eso es una pesadilla de locos —rezongó al final—. ¿Estás hablando realmente en serio, Mike?

—En mi vida he hablado más seriamente...

—Entonces, el embrollo es más sórdido de lo que te parece.

—¿De qué me estás hablando?

—De ese japonés que estaba entre los atacantes de esta noche. Su nombre es Iwasaki.

—¿Y qué? Para mí no tiene ningún significado...

—Iwasaki, si es que no lo sabes, fue uno de los verdugos de Lewis Levine. Y se da la casualidad que esta noche ha tratado de asaltarte... a ti precisamente, no a mí que soy en realidad quien va detrás de los doscientos siete mil dólares de su jefe.

—Era lo único que me faltaba...

—Piensa en eso, muchacho —resopló con cierta ironía—. Por mi parte, comienzo a tener algunas ideas constructivas.

—Eres más afortunado que yo.

—Veamos si llegas a mis conclusiones, Mike. Para empezar, tenemos que alguien ha intentado comprarle el negocio y la residencia a tu clienta... ¿Es así?

—Exacto.

—Luego, ese extraño comprador se enfurece al no poder adquirir lo que pretende. Inmediatamente, comienzan a escucharse gruñidos salvajes en la selva, a lo largo de los itinerarios que cubren las lanchas motoras de tu cliente, todo lo cual asusta a los negros hasta el pánico. Te apuesto que van a negarse a recorrer el pantano, con lo que el negocio se irá al diablo en pocos días...

—Bueno, ya he pensado en todo eso. Dime exactamente adonde quieres llegar y tal vez consiga entenderte.

—Si los testaferros de Levine que quedaron en libertad quieren comprar todo el tinglado, incluida la casa, deben tener una poderosa razón para hacerlo.

—Dámela tú, tipo listo.

—Supongamos que el botín está escondido en la casa de tu clienta... o en sus tierras. Con una cantidad semejante no querrán sufrir contratiempos ni ser espiados por gente extraña.

—Tú estás loco —sentencié—. Incluso dando por cierto tu descabellada suposición, es tan absurda que no se sostiene por ningún lado. En primer lugar, el botín que esos tipos buscan consiste en doscientos siete mil dólares. ¿Estoy en lo cierto?

—Seguro.

—Bueno, entonces cuéntame cómo para recuperar doscientos *mil pavos* alguien es lo bastante imbécil como para ofrecer casi setecientos mil.

—Para eso no tengo explicación todavía... a menos que piensen recobrar su inversión explotando el negocio de las lanchas por su cuenta.

—Demasiado arriesgado para gente de semejante calaña. Todo lo que ambicionan es buen licor, buenas muchachas y poco trabajo. No, Logan; sea lo que sea que andan buscando vale más, mucho más que esos doscientos siete mil dólares.

—Lástima que ese japonés haya podido escapar...

—Olvídate de él. Ahora que sabes que está aquí podrás buscarlo con más efectividad. Por mi parte, me voy a ver al *sheriff*.

—¿Piensas contemporizar con él?

—Veremos...

—Piensa en lo que acabo de decirte, Mike —me recomendó antes de separarnos.

—Es absurdo, Logan. Si se tratase de un botín mayor podría tomarse en cuenta tu idea, pero así... Bueno, nos veremos mañana.

Salí del hotel hacia donde había dejado el coche. Mientras conduje hacia la oficina del *sheriff* traté de pensar seriamente en las palabras de

Logan. Acabé por mandarlas al diablo por imposibles.

Me hubiera gustado mandar igualmente al diablo el caso que tenía entre manos, pero eso no era posible...

Aunque fuera solo por Isaleen.

CAPÍTULO IX

—¡Usted era el único que me faltaba esta noche! —gruñó el *sheriff*, furioso—. Pero ya que está aquí, siéntese. ¿Ha venido a despedirse?

—Todavía no. Lo único que quiero son informes sobre el cadáver que encontramos anoche. ¿Ha sacado algo en limpio?

—¡Que si he sacado...! Oiga, ¿qué interés es el suyo en este asunto? No se atreva a decirme que está trabajando el mismo caso...

—¡Ni lo sueñe, *sheriff*!

—Está bien, ¿qué desea saber, *hurón*?

—En primer lugar, si se han encontrado manchas de sangre o rastros en el pantano.

—Nada que nos sirva para maldita la cosa. ¿Esperaba usted que los encontrásemos?

—Era solo una pregunta.

—Si eso es todo, ya puede largarse de aquí. Estoy muy ocupado.

—¿Más crímenes acaso?

—Nada de crímenes. Por lo menos de momento todo está tranquilo, aunque temo que esa tranquilidad no durará mucho.

—¿No ha tratado de averiguar si Ba-Ba Johns tenía enemigos?

—No he tenido tiempo...

—No parece muy ocupado durante el día. ¿Qué le ha robado su tiempo, Considine?

—Está bien, igual va a leerlo usted en los periódicos de la mañana... Lewis Levine ha escapado del presidio.

—¿Y qué? —pregunté, afectando una indiferencia que no sentía en absoluto.

—¿Es que no sabe quién es Levine? Él y algunos otros intervinieron en el asalto a un Banco, apoderándose de doscientos siete mil dólares. Esa fortuna nunca fue hallada... y según las últimas noticias recibidas Lewis Levine se dirige hacia aquí.

—Tal vez tiene un escondite preparado en Florida...

—¡Narices tiene! Y ahora, largo de aquí. Tengo mucho trabajo.

Le di la satisfacción de obedecerle sin más demora, tomé el coche y volví al hotel en busca de Logan al que encontré en pijama y disponiéndose a meterse en la cama.

En pocas palabras le puse al corriente de lo que me había revelado el *sheriff* y noté cómo la preocupación ponía profundos surcos en su frente.

—Eso confirma la sospecha de que tiene el botín escondido aquí, en Everglades —rezongó—. Seguro que viene en su busca antes de esfumarse definitivamente.

—Quizá eso sea una ventaja para ti, Logan...

—No veo la ventaja por ningún lado. No tengo la menor idea del paradero de ese dinero, ni del escondrijo de los cómplices de Levine...

—¿Cuándo fue asaltado el Banco, muchacho?

—¿Cómo? —exclamó, distraído—. Oh, hace dos años.

—¿Y Levine fue detenido inmediatamente después del golpe?

—Una semana después poco más o menos.

—He estado pensando mucho sobre este asunto, ya que el mío puede considerarse prácticamente terminado. Todo lo que mi cliente deseaba era saber qué asustaba a sus empleados, y ya puedo decírselo. Bueno, según puedo recordar, Levine manejaba una extensa organización de pistoleros, dedicados a toda clase de negocios sucios. Incluso controlaba el juego en varios locales clandestinos. ¿No es cierto?

—Así es, pero no veo a dónde vas a parar.

—Exactamente, yo tampoco lo sé. Estoy pensando en voz alta... Veamos; si escondió esos doscientos siete mil pavos, es razonable suponer que no sería el único dinero que tenía entonces... ¿O la policía logró bloquear sus cuentas y propiedades?

—¡Qué va! Fue demasiado listo para ellos. Ninguna de las propiedades estaba a su nombre. Y en sus cuentas legales no había más que pequeñas cantidades, insignificantes para un tipo de su envergadura.

—Bueno, eso viene a confirmar mi idea. Hace dos años murió el marido de mi clienta de una manera muy extraña... su cuerpo no fue encontrado jamás, y en su motora apareció un agujero que atribuyeron a haber chocado con un obstáculo, o un tronco...

—¿Estás llegando a la conclusión que las dos cosas tienen relación?

—Estoy tratando de verlo todo desde el punto de vista que tú has expuesto antes. Supongamos que el marido de mi clienta estuvo en aquella ocasión complicado con Levine... quizá fue el encargado de esconder el botín, pero surgió una desavenencia y lo mataron. En ese caso, todo ese montón de dinero estará en la casa de Isaleen Carella...

Logan ya estaba quitándose el pijama antes de que terminase de hablar. Con voz excitada dijo:

—No podemos perder un minuto, Mike. Ella deberá saber si su marido mantuvo alguna relación con Lewis Levine o cualquiera de sus testaferros.

Se vistió en un tiempo récord, comprobó que su revólver estaba en buenas condiciones y abandonamos el hotel tan rápidamente como si estuviera ardiendo.

Conduje el “Corvette” a una velocidad reñida con todos los códigos de circulación, pero llegamos a la casa de Isaleen en unos minutos, que era lo que nos interesaba.

—Hay luz todavía —comenté—. Ella está esperándome.

—¿A ti o al detective? —resopló Logan.

—Quiero creer que a los dos. Vamos.

Ella misma nos abrió la puerta. Demostró una ligera sorpresa al ver a mí acompañante, pero después de las presentaciones nos condujo al saloncito y allí ya no pudo contenerse por más tiempo.

—Al fin ha sucedido, Mike —exclamó.

—¿Qué ha sucedido?

—No quieren salir con las lanchas. Ninguno de los negros las manejará mañana por la mañana. Y los empleados de raza blanca que tengo no podrán cubrir ni una quinta parte de las plazas que esos tontos dejan vacantes... ¿Qué puedo hacer, se te ocurre algo?

—Pensaremos después en ese problema. Ahora hay algo más importante para discutir. ¿Recuerdas si tu marido te habló alguna vez de alguien llamado Levine?

Lo pensó durante unos segundos, pero acabó por negar con un gesto.

—No —dijo después—. Nunca había oído ese nombre hasta ahora.

—¿Y el de Lee Marshall? —intervino Logan.

—Tampoco.

—¿Estás segura, querida?

—Completamente.

—¿Alguna vez vio a su esposo en compañía de un japonés? —insistid mi amigo—. Un hombre llamado Iwasaki...

Ella siguió negando sin necesidad de pensarlo esta vez.

Intervine nuevamente.

—Vamos a probar la última posibilidad de que hayamos acertado, Logan. Si eso falla deberemos echar nuestras ideas por la borda y buscar otras.

—Adelante, Mike. ¿Qué se te ha ocurrido?

Me enfrenté con Isaleen y le sonreí.

—Recuerda que es sumamente importante, pequeña —dije—. ¿Recuerdas si poco antes de su muerte, tu marido hizo alguna reforma en esta casa, o en el garaje? Cualquier clase de obras... o personalmente o valiéndose de operarios...

Antes que terminase de hablar ella ya estaba negando con enérgicos movimientos de cabeza. Me di por vencido y callé.

Logan masculló:

—Otra posibilidad que se esfuma. Esos granujas van a salirse con la suya, maldita sea.

Isaleen nos miró, intrigada, pero no me ocupé de ponerla al corriente del nuevo problema.

—Debemos pensar en otra cosa, Logan —decidí—. Si Levine viene en camino, o si ha llegado, puedes apostar que no desperdiciará ni un minuto. Necesita recuperar su botín. Con él en la mano podrá borrar su rastro y crearse una nueva personalidad en cualquier parte fuera del país.

—¿Crees que no lo sé?

Isaleen, preocupada por sus propias dificultades, volvió a la carga, dejando descansar su mano sobre la mía con un contacto suave y turbador.

—Tenemos que hacer algo, Mike... No puedo tener las embarcaciones paradas durante demasiado tiempo. Además de la pérdida que eso representa, me desacreditaré por completo...

—Un momento, ahora que se me ocurre. ¿Los empleados de las empresas que te hacen la competencia, también se han negado a salir?

—No, pero si el fondo de su terror es el gruñido que nosotros oímos, no tiene nada de raro que ellos sigan navegando. Cada empresa tiene una concesión del estado y tiene que atenerse a ella para sus itinerarios. Los de las demás compañías deben estar libres de la amenazadora presencia de ese monstruo, ¿comprendes?

—De manera querida, que cada compañía solo puede navegar por unos ramales determinados del pantano. ¿Es así?

—Exactamente.

—¿Los recorren todas las lanchas?

—Así es. Igual las grandes que las pequeñas.

—Ya veo... Una pregunta más, linda. ¿Con qué frecuencia navegan tus cascarones?

—Depende de la cantidad de clientes. Podemos calcular un término medio de una hora de navegación por quince minutos perdidos en el muelle.

—¿Todas las lanchas?

—Sí.

—De tal manera, que debe haber momentos en que unas siguen a las otras...

—Eso no sucede casi nunca. Tienen instrucciones de mantenerse alejadas, tanto como sea posible, a fin de que los pasajeros de una no puedan ver a los de la otra. De esta manera experimentan más intensamente la sensación de soledad... se consideran a sí mismos más importantes por haber hecho el recorrido de manera solitaria.

—Ya veo... Siendo así, por el recorrido deben pasar con un intervalo de quince minutos una de otra.

—Aproximadamente.

—Ya veo...

—¿Qué es lo que estás pensando Mike? —rezongó Logan.

—Que hemos sido unos estúpidos.

—Eres muy amable —rió—. Afortunadamente, tú también te incluyes en ese club. ¿Cuál es la razón de que seamos unos estúpidos?

—Piensa un poco. ¿En qué se centra el interés del misterioso comprador de las propiedades de Isaleen?

—Caray, en quedarse con la compañía y esta casa, según me has contado.

—Eso es. Y la compañía la quiere sin personal, para emplear a quién se le antoje... suponiendo que emplee a alguien.

—Tendría que emplearlos si deseaba ganar dinero con las embarcaciones...

—¿Quién te dice a ti que deseaban ganar dinero con ellas?

Esta pregunta le dio mucho que pensar, al igual que a Isaleen, quien al fin murmuró:

—No lo entiendo... ¿Por qué querían comprármelo si no deseaban explotarlo?

—Para mantener quietas a las lanchas. Para que durante unos días ninguna de ellas navegara por el pantano...

—¿Y todo eso para qué? Por favor, Mike, estás inquietándome de manera terrible.

—Logan y yo suponíamos que lo que esa gentuza anda buscando estaba escondido en tu casa. Para que fuera así, tu marido debiera haber sido cómplice de Levine... No siendo así, y habiendo muerto por aquellos días, la conclusión es distinta. El botín está en el pantano, Logan.

Este pegó un salto y quedó de pie.

—¿Quieres tomarme el pelo, Mike? —protestó.

—Escúchame y atiende... Hay un paraje muy profundo, estremecedor, en el que nadie se aventura si no es a bordo de las lanchas motoras. Hace dos años, la ruta de ese pasaje debía ser completamente desierta, ya que justo entonces estaba organizándose la compañía. Y allí fue precisamente donde encontró la muerte de manera extraña el marido de Isaleen, hace esos dos fatídicos años. Luego, las rutas de las motoras se hicieron firmes y regulares... estorbando la recuperación del tesoro. ¿Te parece que es razonable? Logan estaba tan excitado como yo mismo.

—Opino que es algo más que razonable —exclamó—. ¿Tú conoces el camino de ese paraje, Mike?

Un escalofrío me asaltó de pensarlo.

—Sí —reconocí de mala gana—. Sé la manera de llegar a él. He

visitado el lugar esta mañana...

—¿A qué esperamos entonces?

—¿Pretendes meterte allí, de noche, con el riesgo además de tropezarte con los secuaces de Levine, si hemos acertado en nuestras deducciones?

—¿Por qué no?

—¿Conoces el pantano?

—Bueno, no...

—¿Te has metido en él, en alguno de esos cruceros turísticos?

—Tampoco. Pero si podemos disponer de una buena lancha...

—Mi flotilla está a tu disposición, Mike —ofreció Isaleen, y añadió—. Lo que lamento es que no pueda proporcionarte también tripulación, aunque entre los tres podemos manejar cualquiera de ellas.

—¿Qué es eso de los tres? Si alguien tiene que meterse allí somos Logan y yo... y estoy tentado de dejar que vaya él solo. Ya es mayorcito para andar por el mundo sin niñera.

—Déjate de tonterías, Mike. No voy a quedarme aquí, sola, sabiendo que los dos están en ese infierno. Además, o formo parte de la expedición o no hay lancha. Decide.

Sabía que no podría convencerla, así que no me quedó más remedio que aceptarla.

Por lo menos, Logan no conocía aquella, ni había escuchado el horrible gruñido... ni visto la garganta destrozada de Ba-Ba...

Aunque... quizá tuviera ocasión de ver alguna otra antes que amaneciera. Rogué para que no fuera la de ninguno de nosotros tres...

CAPÍTULO X

—Nos detendremos antes del recodo —decidí al acercarnos al sombrío paraje—. Pararé el motor y trataremos de llegar a la orilla lo más silenciosamente posible.

—Está bien, Mike, te cedo el mando —rezongó Logan, impresionado a su pesar por la grandiosidad de lo que estaba contemplando.

Isaleen se apretujó contra mí, junto al timón, y susurró:

—No podré resistirlo si oigo otra vez aquel gruñido...

—No debiste acompañarnos...

¿Y quedarme sola en casa mientras tú...? Bueno, ya está hecho ahora y no pienso volver atrás.

—Este creo que es un buen paraje.

Cerré el motor y la lancha se deslizó sobre las oscuras aguas como una gran sombra más. En voz baja, Logan susurró:

—Me disgustaría mucho acabar en el estómago de un cocodrilo, Mike, de manera que vigila donde nos haces desembarcar...

—Cierra el pico.

Doblé todo el timón y la proa enfiló rumbo a la orilla cada vez más despacio al faltarle el impulso de la hélice. No obstante, llegó con suficiente fuerza todavía para hundirse profundamente en los esponjosos helechos y musgos que descendían de la ribera para hundirse en las profundidades del pantano.

—Hay un pequeño paso más adelante, Mike —me advirtió Isaleen. — Allí podrías esconder la lancha por completo.

—¿Mucho más adelante?

—No mucho...

—Está bien, dame esa cuerda, Logan. Saltaré a tierra y arrastraré la embarcación hasta el escondrijo. Tú podrás vigilar desde la borda, pero no dispares a menos que yo te diga que lo hagas. ¿Conforme?

—Yo puedo encargarme de ese trabajo y...

No le hice caso y abandoné la motora. Mis pies se hundieron hasta el tobillo en la húmeda maraña de musgo, hierba y humedad que cubría el suelo.

Sudé como un condenado arrastrando la pesada embarcación. Afortunadamente, no había corriente que hiciera todavía más duro el trabajo, pero incluso así, cuando pude dejarla amarrada dentro de una especie de negro agujero que se internaba en la espesura, con agua negra y estancada al parecer, me sentí agotado y deseando tumbarme un buen rato para recuperar fuerzas.

Pero eso no era pasible, así que subí a bordo otra vez, tomé el rifle que había traído para mí y tras asegurarnos que la embarcación quedaba protegida de miradas indiscretas emprendimos la marcha por aquel infierno verde.

Después de recorrer aproximadamente la mitad de la distancia que nos separaba del recodo, el silencio se hizo más completo, más siniestro. Desde las alturas, la maraña de hojas desprendían pequeñas gotas de humedad que al llegar abajo semejaban una débil llovizna.

De vez en cuando, ramalazos de una ligera niebla se deslizaban como flotantes fantasmas. Las formas de las flores nocturnas, con su pálido resplandor, infundían un vago temor al lucir con luz propia en la oscuridad, la chorreante oscuridad que reinaba en las entrañas del pantano, allí donde jamás llegaban los rayos del sol.

Junto a mí, Isaleen susurró:

—Si esos hombres, sean quienes sean, han tramado todo esto para impedir que mis lanchas hagan sus recorridos...

—Esa es la idea que tengo.

—Bueno, no me importará lo que les ocurra. Ellos han matado a dos de mis empleados, solo para asustar a los otros...

—No podemos hablar aquí, querida, pero es muy posible que también sean ellos los responsables de la muerte de tu marido... y ahora no hables o nos descubriremos nosotros mismos.

Seguimos hundiéndonos en el silencio estremecedor que nos envolvía como algo sólido. Detrás nuestro, a dos pasos de distancia, Logan se había percatado de lo que representaba internarse en aquella lujuriente trampa y ya no tenía malditas las ganas de obsequiarnos con sus ironías.

—Estamos llegando al recodo —susurró Isaleen, junto a mí oreja.

Me detuve. Algo se movía delante, a poca distancia. Algo pesado que aplastaba la hierba y las ramas bajas de los arbustos.

Noté la mano de la muchacha rozarme la manga. Levanté el rifle muy despacio, listo para disparar, pero no queriendo hacerlo a menos de ser absolutamente necesario, ya que el estampido delataría nuestra presencia a cualquiera que permaneciera en el pantano en una milla a la redonda.

—Un aligátor —suspiró Isaleen casi sin voz.

Todo lo que pude ver fue una sombra más oscura que las demás, arrastrándose perezosamente. Semejaba un tronco que alguien estuviera cambiando de lugar.

Se inmovilizó a tan corta distancia que durante unos segundos no supe qué hacer. La mano de Isaleen sobre mi brazo me tranquilizó, cuando pensé que debía ser yo quien la tranquilizase a ella.

Logan, conteniendo la respiración, musitó:

—Demos un rodeo... quizá no nos haya visto.

—Está dormido —decidió la muchacha—. Solo ha cambiado de lugar buscando uno más fresco... además, sobre la tierra son muy torpes.

—Prefiero no tener que comprobarlo —dije—. Demos un rodeo.

Lo hicimos así y luego regresamos hacia la orilla, para asegurarnos de que realmente estábamos ya al otro lado del recodo.

—Está bien —murmuré—. A partir de aquí es donde tenemos que explorar esta orilla. Es donde fue encontrado Tommy, de manera que me parece razonable suponer que es donde esa gente desarrollan sus actividades.

—Suponiendo que haya alguien —rezongó Logan.

Comenzamos a internarnos en la espesura, apartándonos de la agua. Cuanto más nos internábamos en la vegetación, más gigantesca era ésta. Formas fantasmales y atormentadas, aprisionadas unas con otras, ascendían hacia la negrura que lo cubría todo. El aire era opresivo, casi sofocante debido a la podredumbre que imperaba tanto arriba de nuestras cabezas como bajo nuestros pies. Troncos podridos suspendidos por la tremenda telaraña de las lianas y que les había sido negado el volver a la tierras después de su muerte. Más troncos en el suelo, que se desmenuzaban al más ligero toque convirtiéndose en un polvo de color oscuro que iba a alimentar el musgo del suelo...

—¡Quieto, Mike! —exclamó Logan de repente, con voz contenida.

Señaló silenciosamente una extraña forma que se elevaba en un pequeño calvero. Parecía una enorme caja con un poste inclinado, pero de un tamaño tan grande como nuestra motora.

Con infinitas precauciones nos acercamos al descubierto. No nos costó identificar aquel artefacto; era una barcaza de rústica construcción, sobre la cual se había montado una grúa de regular tamaño.

—Creo que empiezo a comprender —murmuré.

También descubrimos unos rodillos de madera en el suelo, destinados a servir de deslizadores a la pesada barcaza hasta el río.

En aquel preciso instante escuchamos el gruñido que tuvo la virtud de hacerme pegar un salto.

No me cupo duda que había sido emitido por el mismo ser que ya nos había aterrorizado otras veces, aunque en esta ocasión no tenía aquel tono satánico, mortalmente salvaje. Simplemente, era un gruñido de una bestia que reclamaba su comida o algo semejante...

Isaleen se aferró a mí temblando violentamente. Logan susurró:

—¿Qué ha sido eso?

—Pronto lo averiguaremos. Está al otro lado de la barcaza... Vamos.

Aprestamos los rifles y rodeamos la masa que se interponía entre nosotros y aquel horror desconocido, más al llegar al otro lado seguimos sin ver al animal o loco que producía semejante amenaza. Lo que sí nos dejó mudos de estupor, fue descubrir la trocha abierta entre la vegetación y por la que podría pasar la barcaza sin muchas dificultades. No cabía duda que habían realizado un trabajo de titanes.

El gruñido se repitió, más amenazador esta vez, y a tan corta distancia que no me habría costado nada dar media vuelta y echar a correr.

Y de repente el gruñido aumentó de volumen hasta convertirse en el aullido maligno y mortal que nos había aterrado en otras ocasiones.

Solté el seguro del rifle, pero la verdad es que no veía absolutamente nada a cinco pasos de distancia.

Entonces, entre los gruesos troncos retorcidos, se encendió una luz

opaca y alguien refunfuñó:

—Calma, idiota. ¿Es que no vamos a poder pegar un ojo?

La luz nos permitió distinguir los rústicos contornos de un pequeño cobertizo. Una sombra se movió en él portando la linterna eléctrica protegida por una tela que amortiguaba su resplandor.

La misma voz masculló:

—¿Qué te ha puesto nervioso ahora, maldita sea?

Otra, distinta, se quejó:

—¿Pretendes pasar la noche en blanco? Estoy molido... apaga esa luz.

—Espera... “Satán” está muy excitado.

—Lo mismo que tú. Se habrá puesto nervioso a causa de una rana. Ya ha sucedido otras veces.

Pensé que si solo había dos hombres, más el ser desconocido que nos había descubierto, las probabilidades a nuestro favor eran suficientes para intentar un ataque. Contando con el factor sorpresa podríamos vencerlos.

Escuché el ruido característico de una pesada cadena. Después, el gruñido se amansó y pareció la voz de un gran perro. Me dije que podía tratarse de un perro salvaje, entrenado para matar, pero incluso si eso fuera cierto no explicaría el terrorífico acento de sus gruñidos.

—¿Qué hacemos? —susurró Logan, impaciente.

—Vamos a hacerles una visita... Tú, Isaleen, colócate detrás nuestro, aunque sería mejor que te escondieses en la barcaza. Allí no tendrías nada que temer.

—No pienso quedarme sola, Mike...

—Está bien, pero si algo te sucede...

Entonces, tan repentinamente que fue como si hubiera estallado una bengala de luz, un potente reflector nos cegó y la noche se convirtió en día, al tiempo que una voz seca ordenaba:

—¡Tiren los rifles y pongan las manos detrás de la nuca, rápido!

Isaleen gritó de miedo y angustia. Logan farfulló una maldición.

Yo dejé caer el arma porque el resplandor me había dejado tan impotente como un ciego. No me servía de nada.

Se armó un buen alboroto de voces y carreras. Por lo visto, los dos tipos que habían estado discutiendo acudían a todo correr. La voz del que nos había sorprendido gruñó:

—Por una vez, el que no me dejaseis dormir ha servido para algo. Tú, Monty, registra a esos dos tipos —soltó una risita y añadió con espeluznante sarcasmo—: A la niña no es necesario... esos trapitos que lleva son tan ceñidos que no le permitirían esconder ni un alfiler. Yo me encargaré de ella...

Instintivamente, la muchacha se apretó contra mí. Poco a poco, mis ojos iban acostumbrándose a la brillante luz que había barrido las sombras. Pude distinguir a los dos fulanos que nos despojaban de los

revólveres. Uno de ellos era un japonés.

Entonces apareció el tercer procedente de la barcaza. Empuñaba un rifle que reconocí al instante: era el “Remington” que me había desaparecido cuando encontramos el cadáver de Ba-Ba Johns...

—Bueno, no me digan que eso no es suerte —rió el tipo—. Todos reunidos... hasta la hermosa dama...

Si el gruñido bestial me había dado escalofríos, la vista de aquel individuo me produjo náuseas. Era más alto que yo, pero tan delgado que semejaba un esqueleto viviente. Su cara no debía tener más que la piel pegada a los huesos de la calavera, y era de un color tan pálido que a la brillante luz parecía amarillento.

Logan jadeó, detrás de mí:

—Ese es Marshall, aunque ha sufrido un cambio terrible...

—Entonces no estábamos equivocados —dije.

—¡A callar!

Su voz resonó como un trallazo.

Vigilados por los tres, nos obligaron a andar hasta el cobertizo. Y allí, amarrado a un árbol con una sólida cadena, estaba el animal que tanto nos había asustado.

Era un enorme perro lobo de pelo erizado y ojos fosforescentes. En mi vida había visto nada igual. El animal podía ser un perro, pero a juzgar por su actitud y la expresión salvaje de sus ojos rojizos era algo más que un perro lobo corriente y normal.

Llevaba puesto un sólido bozal. Solo cuando estuve más cerca distinguí las tremendas mutilaciones que había sufrido en el hocico, la nariz y la boca. Eso explicaba su espeluznante manera de aullar... pero no aclaraba la manera cómo habían muerto los dos negros. Aquel perro jamás podría causar una muerte como aquella sin dejar otras señales en el cuerpo de la víctima...

De un empujón, nos arrojaron a Logan y a mí a un rincón, mientras el japonés sujetaba a Isaleen junto al poste del cobertizo.

Marshall carraspeó. Luego dijo:

—El detective, ¿eh?

—Y usted es Marshall —repliqué.

Entrecerró los ojos de cadáver que brillaban en su cara horrible.

—Muy inteligente... ¿qué más sabe, fisgón?

—Tantas cosas que te asustarías si te las dijera.

—Seguro. Yo me asusto fácilmente —soltó una carcajada tan descarnada como su rostro—. Pero de todas formas vas a decírmelo, fisgón, o tu patrona pagará las consecuencias. ¿Te has dado cuenta de cuán hermosa es?

Metió la mano en el bolsillo y extrajo una navaja de resorte, cuya hoja chasqueó secamente al saltar fuera de la empuñadura.

—Vamos a ver, tipo listo, qué es lo que sabes...

—¿Quién mutiló a ese perro?

Mi pregunta le desconcertó momentáneamente.

—Yo —reconoció, satisfecho—. Fue una magnífica idea. Ahora, cada vez que se le enfurece gruñe de la manera que ya han oído. Todos los negros de los pantanos tiemblan solo al recordar ese gruñido.

—Eso fue una salvajada, Marshall.

—¡No me diga! Usted debe ser uno de esos chiflados que meten a su perro en la cama por las noches...

No repliqué. Él dijo cuando dejó de reír:

—Ese perro es un mal bicho... puede hacerle a su amiguita lo mismo que vio en la garganta de sus sucios negros...

—Aquello no lo hizo el perro —aseguré resueltamente.

Pegó un respingo, sorprendido.

—Así que también sabe eso —refunfuñó—. Cada vez me alegro más de que haya venido a visitarnos.

Isaleen sollozaba quedamente, pero por fortuna aquel hijo de perra estaba demasiado ocupado conmigo para prestarle atención.

Para acabar de sacarlo de sus casillas dije:

—¿Dónde está tu amo, Marshall?

—¿Qué?

—Levine, estúpido.

Pegó un respingo y avanzó hacia mí abriendo y cerrando los huesudos puños.

—¿A quién más le has hablado de tus geniales ideas? —bramó.

Cegado por la ira no advirtió que pasaba muy cerca del encadenado perro. Este lanzó un extraño lamento y saltó sobre Marshall con furia asesina. Solo al hecho de llevar puesto el bozal se debió que el pistolero no perdiera una pierna en aquel instante.

—¡Maldito bicho! —exclamó.

Le propinó una tremenda patada, pero el perro ni siquiera acusó el golpe. La proximidad de Marshall parecía volverle loco y sus gruñidos salvajes se sucedían en una catarata aterradora.

El *gángster* se desentendió del animal y volvió a encararse conmigo.

— ¡Responde, bastardo! —ordenó, furioso como un diablo.

—Le conté mis teorías al *sheriff* Considine. No creo que tarde en llegar...

—¿Esa es su historia?

Esbozó una mueca burlona y me golpeó. Fue un trastazo propinado con un saco de huesos que martilleó en mi cuello sumiéndome en un pozo de negrura entre dolores de agonía.

Mi último pensamiento fue para Isaleen y la suerte que le esperaba... a menos que yo hiciera algo.

Después, ya ni siquiera pude pensar en ella porque igual hubiera sido estar muerto.

CAPÍTULO XI

—¿Te sientes bien, Mike?

La voz de Logan me llegó de muy lejos, apenas un susurro.

—¿Dónde... dónde está... Isaleen? —balbucí, seminconsciente.

—Atada en la entrada del cobertizo. Está bien...

Advertí que me habían amarrado las manos a la espalda. La misma cuerda servía para atarme los tobillos. Habían hecho un buen trabajo.

Cuando mi visión se aclaró miré a nuestro alrededor. Todo estaba oscuro excepto una pequeña linterna colocada sobre un par de cajas vacías.

Descubrí a la muchacha, sentada junto al poste. Nuestros ojos se encontraron y el temor desapareció de los suyos por unos instantes para dejar paso a otro sentimiento profundo y ardiente que ni la muerte podría extinguir.

—Mike —susurró.

—Estoy bien, tranquilízate...

Miré el bulto que era el perro, enroscado a un lado de la entrada. Silbé muy quedo y el animal levantó la cabeza. De nuevo apreté los dientes al ver sus mutilaciones.

Logan susurró:

—No hagas tonterías con ese bicho. Me produce escalofríos.

—Esos tipos son una pandilla de estúpidos.

—Seguro. Por eso estamos aquí amarrados y ellos libres. Van a cortarnos en pedacitos tan pronto llegue Levine. Nos lo han dicho con todo detalle.

—Todavía no lo han conseguido. Escúchame, Logan, y no malgastes tus energías hablando. Tiéndete detrás de mí y comienza a trabajar mis ligaduras con los dientes. Necesito las manos libres cuanto antes.

—Y yo...

—Si se acerca alguien finje que estás durmiendo...

A la tenue luz vi la esperanza renacer en las pupilas de la muchacha.

Logan comenzó a trabajar furiosamente con sus dientes. Cada minuto era una tortura de inquietud e impaciencia. Si descubrían lo que estábamos haciendo perderíamos nuestra única oportunidad...

Pero no la perdimos. Las cuerdas se aflojaron y conseguí librarme ya sin la ayuda de Logan. Tras esto le desaté a él, indicándole:

—Encárgate de librar a Isaleen, pero sin ruido.

Lo hizo. Yo me acerqué al perro con precaución, aunque sin demostrarle miedo. Detrás de mi escuché un gemido angustioso de la muchacha al advertir lo que me proponía.

Poco a poco, los ojos inyectados en sangre del animal se achicaron, fijándose en mí a medida que me tuvo más cerca. Un sordo gruñido comenzó a repercutir en el fondo de su garganta...

Entonces, despacio, alargué la mano y la coloqué al alcance de su olfato, si es que las mutilaciones le habían dejado ese sentido.

Estuvo recorriéndome la mano con su destrozado morro. Luego, aparté la mano y él avanzó unos pasos, siguiéndola. Decidí adelantar otro paso en mi conquista y le pasé los dedos por el cráneo.

El sordo gruñido se extinguió y dejó que le acariciase.

—Buen chico, “Satán” —murmuré—. ¿Te gustaría ajustarle las cuentas a Marshall?

El inteligente animal se puso rígido al oír el nombre. En sus instintos, debía tenerlo grabado con sangre y fuego.

Examiné la cadena. Era sólida y estaba sujeta a una barra por un pasador, pero soltarla resultó un juego de niños, de manera que me vi con el animal en mi poder, mientras Isaleen se mantenía lo más apartada posible de él.

—¿Dónde están, Logan?

—En la barcaza.

—Bueno, vamos a darles una sorpresa. Tendrás que quedarte aquí, querida, hasta que todo haya terminado. Ahora ya no debes temer nada de este pobre animal...

—¿Qué le hicieron, Mike?

—Es preferible que no te acerques para verlo con detalle. Vamos, Logan.

Avanzamos en silencio. “Satán” olfateó el aire con insistencia. Luego pegó los restos de hocico en el suelo y dió un tirón a la cadena en dirección a la barcaza.

Logan murmuró:

—¿Crees que debes...?

—Es nuestra única arma, compadre. Voy a soltarlo y que se las entiendan con él.

Primero le quité el bozal. El gigantesco perro abrió las destrozadas

fauces y los agudos colmillos brillaron. Emitió una especie de largo jadeo y me miró con ojos agradecidos.

Le acaricié la cabeza y acto seguido le libré de la sólida cadena.

En los primeros instantes no se movió, dejando que mi mano le acariciase la cabeza. Después dije.

—¡Marshall, “Satán”! ¡Búscalos!

Esperaba que lanzaría uno de sus salvajes aullidos, pero aquello no era lo que le habían enseñado, de manera que actuó según sus instintos. Pegó un salto sin producir el menor ruido. Corrió hacia la barcaza, brincó por encima de la borda...

Y entonces sí gruñó. Y aquellos gruñidos fueron mucho más horribles que los escuchados hasta entonces.

Hubo una serie de gritos y alguien disparó un revólver. A los gruñidos salvajes del animal se unió un largo alarido y más gritos...

—¡Ahora, Logan!

Echamos a correr como sombras. Llegamos junto a la barcaza en el instante que uno de los pistoleros saltaba por encima de la borda, despavorido.

Cayó entre Logan y yo, de manera que recibió de los dos hasta que nos hubimos asegurado que perdía todo interés por la lucha.

Dentro del cascarón, solo los aullidos del animal, y sus gruñidos extraños, resonaban con fuerza suficiente para escucharse con claridad. Lo demás ya solo eran gemidos de agonía que murieron en pocos segundos.

Logan masculló:

—No debí permitirte hacer eso, Mike... Esa no es manera de morir.

—Tampoco es manera de morir con la garganta destrozada... ¿quién crees que asesinó a los negros? Además, ¿con qué arma contabas para vencerlos?

—Tal vez tengas razón...

—Voy a saltar. No quiero dejar el perro ahí hasta que...

Entonces, sobre nuestras cabezas, apareció la oscura silueta del gran perro lobo. Se bamboleo precariamente, nos miró y acabó derrumbándose sobre un costado.

—Han debido acertarle con una bala... pero no se ha dado por vencido.

—¿Imaginas lo que debe haber quedado ahí dentro, Mike?

—Porque lo imagino es por lo que no voy a verlo. Vamos a ocuparnos de ese pájaro...

Lo arrastramos hasta el cobertizo y allí nuestras cuerdas sirvieron para amarrarlo a él.

El japonés recobró el conocimiento cuando Logan terminaba de ajustarle los nudos. Mientras él se ocupó de ese trabajo, yo rodeé a Isaleen por la cintura y la mantuve apretada contra mí. Estaba temblando.

—Sácame de aquí, Mike —suplicó con voz quebradiza.

—Ahora mismo, pero antes necesito saber algo que ese tipo puede decirnos. ¿Oye, Iwasaki?

Los ojos sin expresión se clavaron en mí. Yo añadí:

—¿Cuándo llega Levine?

—Mañana... vendrá en una pequeña motora...

—Bueno, le cazaremos. Levántate.

Logan le ayudó y así anduvimos hacia la motora, alumbrándonos con una linterna y conduciendo al pistolero delante nuestro. Sus declaraciones iban a resultar sumamente interesantes.

Isaleen no se tranquilizó un poco hasta que se encontró a bordo, y navegando por en medio del río. Dejé a Logan al timón y me encaré con el japonés...

—Tienes una oportunidad de salir bastante bien librado de esto, Iwasaki, si colaboras. De lo contrario, cuando yo haya terminado contigo te parecerá que has cambiado de raza... Quiero respuestas cortas y claras a mis preguntas. ¿Entendido?

—¿Qué oportunidades tengo si hablo?

—Declararé que nos has ayudado a escapar cuando iban a liquidarnos... eso hará que el juez sea benigno contigo.

—Conforme.

—¿Dónde está la motora con la que Levine se dirigirá al pantano?

—Frente a la calle Coxe, cerca del muelle de pescado tres. Es una "Triumph" pintada de azul.

—Ya me encargaré de que haya alguien esperándolo...

—¿Qué más quiere saber? Oiga, Decker, estas cuerdas van a cortarme las muñecas. Aflójelas, ¿quiere?

—Tal vez lo haga después. De momento dime qué cantidad hay en el fondo del pantano. Supongo que, además del botín conseguido en el asalto al Banco, habrá también la fortuna personal de Levine, ¿no es así?

—Seguro, Decker... ¿cómo ha podido adivinarlo?

—Por la oferta que le hicieron a la señora Carella... ¿a cuánto asciende el total?

—No lo sé con exactitud. Pero en metálico pasa del millón, y hay también una fortuna en valores al portador.

—¿Cuánto, Iwasaki?

—Bueno, Marshall habló de dos millones más.

—Ahora cuéntame cómo pensaban sacar eso del agua sin que los cocodrilos acudieran al banquete.

—Es sencillo... cuando hundieron la caja impermeable lo hicieron de manera que un enorme lazo metálico quedase encima, como un gran anillo. El garfio de la grúa lo puede enlazar fácilmente, sabiendo a qué profundidad debe buscar y la situación exacta en que está.

—Muy ingenioso —comenté—. Supieron elegir bien el sitio... El único

inconveniente eran las lanchas cargadas de turistas que pasan por allí regularmente. Encontrar la caja, enlazarla y sacarla requiere horas de trabajo. Necesitaban alejar a los inoportunos.

Asintió con un gesto de desaliento. Entonces se me ocurrió algo más y le pregunté:

—¿Fue mientras hundían la caja que apareció el marido de la señora Carella?

Se sobresaltó, pero sabiendo que estaba atrapado asintió con un gesto.

—Fue Marshall quien lo mató —dijo con voz sorda.

Miré a Isaleen. Había pasado mucho tiempo para que el golpe fuese demasiado rudo. No obstante, palideció y desvió la mirada cuando se encontró con la mía.

—Perfecto, muchacho. Solo falta que nos aclares quién y cómo asesinaron a los muchachos negros y te dejaré en paz... de momento.

—Marshall también. Todo eso —y lo del perro—, me idea de él para aterrorizar a los negros...

—¿Con qué los mató?

—Se fabricó una especie de tenazas acabadas en punta. Tenían el aspecto de la mandíbula de un perro, solo que eran de acero...

Me estremecí solo de imaginar algo tan espantosamente sórdido y cruel. Ya no sentí ningún remordimiento por haberle dado al gran perro lobo la oportunidad de vengarse.

Dejé al japonés que reflexionara sobre su problemático futuro y me acerqué a la muchacha.

—¿Lo has oído?

—Todo, Mike... Ha sido espantoso... una pesadilla de locos...

—Ya ha terminado. Solo falta echarle el guante a Levine y podremos dedicarnos a disfrutar de unas vacaciones.

—Me pregunto qué porcentaje nos corresponderá por la recuperación de ese tesoro —rezongó Logan, desde el timón.

—Tendrás suficiente para comprarte un sombrero nuevo —dije riendo. Y añadí—: Ahora ocúpate de manejar este cascarón y deja de devanarte los sesos.

—La motora se deslizó hasta la salida de la espesura. Desde allí pudimos distinguir las luces de los embarcaderos, y, más allá, las de la ciudad.

Isaleen guardó silencio un buen rato, sentada a mi lado. Fui yo quien lo rompió.

—Ya podrás volver a tus negocios, querida. Los negros no tendrán motivos para paralizar las salidas.

—¿Sabes? Ya no siento el mismo entusiasmo de antes. Creo que incluso podría odiar los pantanos... a pesar de haber crecido prácticamente en ellos.

—¿Estás tratando de decirme que vas a dejar tu negocio?

—Si encontrase alguien que me pagara bien...

—¿Te das cuenta de que desperdiciaste una magnífica oportunidad cuando te ofrecieron los seiscientos mil y pico por él?

Me miró y sonrió.

—Quizá surja otro comprador tan generoso... Te aseguro que la pesadilla que he sufrido estos días en el pantano me ha hecho mirar las cosas desde otro punto de vista.

—Bueno, estaba pensando...

—¿Qué, Mike?

—Tú sabes, querida... En Los Ángeles no hay pan tanos. Tal vez te gustaría vivir allí.

Levantó la cara y sus labios húmedos me dieron la respuesta sin necesidad de palabras.

Bueno, en realidad, absorbí su respuesta con un largo y hondo beso que hizo el milagro de que ambos olvidásemos el pantano y la satánica inteligencia que había estado a punto de aniquilarnos...

Ni siquiera nos acordamos del aullido del lobo.

Nuestro mundo era ya demasiado hermoso para que esas imágenes pudiera turbarlo...

FIN



COMO OPERA EL F. B. I.

Todos tenemos una idea de qué es y cómo opera la más eficaz organización creada contra el imperio del crimen.

Ahora bien, ¿corresponde nuestra idea a la realidad? ¿No será ésta más emocionante todavía que la ficción?

En estas páginas están los hechos auténticos.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



EL YOGA



Usted quiere ser feliz; pero, ¿qué hace para conseguirlo? Probablemente, nada práctico. Le gustaría dominarse a sí mismo, eliminar sus alteraciones nerviosas, apartar ese cansancio que le deja la jornada de trabajo...

y tantas otras cosas.

MARABUZAS



LOS GANGSTERS



ROBERT S. ROWLAND

Lucky Luciano, el "amo" indiscutible; Frank Costello, cuyos "negocios" producían miles de millones; Al Capone, el gran organizador del hampa. Tres de los muchos nombres que jalonan la alucinante historia del gangsterismo.

Desde las primeras maniobras de la "mafia" en tierra americana, hasta las actuales infiltraciones en el sindicalismo, pasando por los rugientes años de la ley seca, he aquí el cuadro completo del "racket" y sus siniestras figuras. Un panorama aleccionador cuya contemplación suspende el ánimo.

MARABU ZAS



EL FILM

LA PELICULA
ES UNA CINTA
DE SUEÑOS

Pero estos sueños se fabrican en unos complicados laboratorios cuyos secretos muy poca gente conoce.

Leyendo este libro comprenderá lo que cuesta y lo que significa hacer una película, penetrando, al mismo tiempo, en los secretos de esta gran industria que produce obras de arte.

MARABU ZAS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (ESPAÑA)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España • Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE Fundador • 1827